

Drenajes, camellones y organización social: Usos del espacio y poder en La Tola, Esmeraldas

Francisco Valdez*

Introducción

En el verano de 1984, el equipo del Proyecto Arqueológico La Tolita¹, inició el reconocimiento de los territorios aledaños al célebre centro ceremonial precolombino. Por iniciativa del investigador Juan García² la exploración del sector, conocido como la *Laguna de la Ciudad*, fue fijado como prioritario. Este territorio, mítico en la tradición oral de los nativos de la región, se ubica en la parroquia La Tola, del cantón Eloy Alfaro, en el norte de la provincia de Esmeraldas (fig. 1). García argumentaba que siendo joven entró por un estero a un inmenso pantano cubierto por bosques de selva casi virgen. En su exploración encontró una serie de caminos elevados (*terraplenes*) sobre el nivel del agua y al caminar sobre uno de ellos, observó que en el fango había una buena cantidad de cerámica precolombina. Al limpiar el filo del sendero introdujo la mano en la ciénaga y encontró varios fragmentos de figurillas Tolita. Según García, los terraplenes se extendían varios kilómetros en diversas direcciones. Al seguir por uno de ellos llegó hacia una tola, o montículo artificial, que se levantaba sobre un espacio de suelo firme en el pantano. Un aspecto importante de su relato fue que en medio de la selva existía una vasta laguna, a donde llegaban aves marinas para atrapar peces, pero a menudo éstas se convertían en presas de las fieras (tigres, caimanes y enormes peces) que allí pululaban.

La primera mención histórica que se hace de esta región, corresponde a Teodoro Wolf, pionero de la geografía moderna de la República del Ecuador, quien recorrió la zona y la describió así, en 1869:

“Al Sur del pueblo de La Tola, que está situado al lado meridional de la boca del río Santiago, se extiende la llanura por unas tres leguas entre la playa del mar y el río Pagota (tributario del Cayapas) hasta el río Vainillita. El centro de esta gran llanura es muy pantanoso y se convierte, en invierno, en un verdadero lago, habitado por millares de aves acuáticas y palustres. Difícil es conjeturar, por que a estos pantanos los habitantes hayan dado el nombre de “La Ciudad” ...” (Wolf, 1965: 218).

Al recorrer la zona, a más de cien años después del ilustre geógrafo, se constata que muchas cosas han cambiado en la llanura pantanosa. La región se ha tornado un sector tradicional de fincas frutales o de huer-

* Arqueólogo, Institut de Recherche pour le Développement (IRD) valdeird@ecnet.ec.

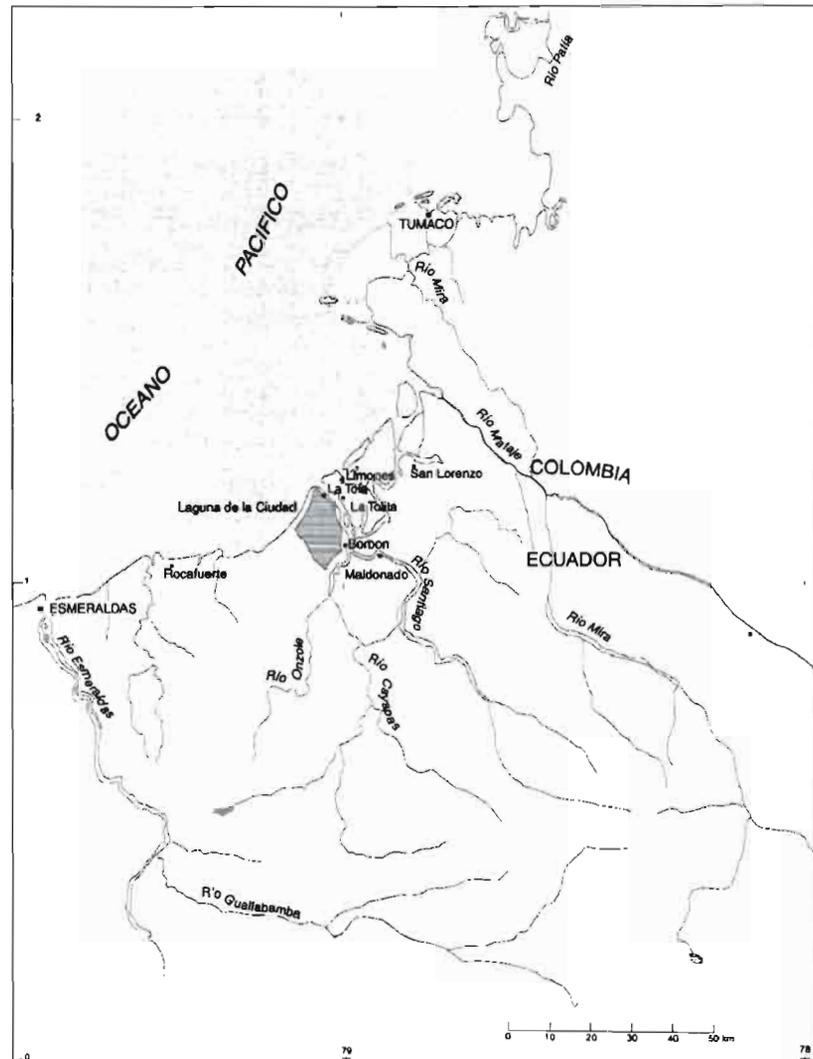


Figura 1: Ubicación de la Laguna de la Ciudad; al norte de la provincia de Esmeraldas, Ecuador.

tas aisladas de varias familias de La Tola, pero la mayor parte del terreno sigue cubierto por un espeso manto de bosques centenarios. Con la llegada del siglo XX, la explotación maderera ha ido diezmando paulatinamente la población de especies económicamente significativas (cedro, laurel, guayacán, etc.). Paralelamente, amplias zonas han sido deforestadas para convertirse en pastizales húmedos donde se introduce, de tiempo en tiempo, ganado de engorde. En los últimos 20 años, una ola de campesinos emigrantes de las provincias de Manabí y Los Ríos se ha ido estableciendo en las zonas más firmes del pantano. Con ellos, la agricultura de maíz, fréjol, arroz y tubérculos como la yuca, el camote, o la papa china se han implementado en varias zonas. Por último, en la década de los años 90, el auge de la industria camaronera, en el Ecuador, llevó a la tala sistemática de una buena parte del bosque y de los manglares que bordeaban la orilla del río Santiago para introducir inmensas piscinas de acuicultura. A pesar de los cambios aparentes provocados por la

modernidad, poco o ningún interés ha generado al relieve ondulado del pantano. Los movimientos de tierra realizados por las empresas camaroneras para el manejo del agua y la construcción de piscinas, han expuesto y destruido una inmensa cantidad de vestigios arqueológicos. Al observar el regadero de tiestos piedras y conchas que quedan en el fango luego del paso de las máquinas resulta fácil dilucidar el supuesto enigma del nombre tradicional de esta zona. La "Ciudad" fue efectivamente un denso poblado antiguo en medio de una "laguna".

En el presente trabajo se hará un recuento del descubrimiento y puesta en evidencia de las distintas ocupaciones humanas de la ciénaga. Se enfatiza en los procesos de formación del terreno que influyeron en las estrategias de adaptación que el hombre tuvo que asumir para instalarse en un medio, aparentemente hostil. La transformación social del pantano lo convirtió en un hábitat productivo donde el hombre interactuó hasta alcanzar altos niveles de desarrollo sociocultural. A través del análisis cronológico-espacial se intenta comprender y explicar la dinámica del sistema adaptativo. Se diferencian las etapas del proceso histórico que transformó el espacio e implementó la infraestructura de un sistema agrícola amplio y aparentemente complejo. Se tratará de determinar el impacto del uso de sistemas agrícolas especializados en el desarrollo sociocultural y político de los antiguos habitantes de la región. Por último, se pretende dilucidar las causas del abandono (durante más de 700 años) de un territorio transformado con mucho esfuerzo y que fue aparentemente muy productivo.

Metodología

La Ciudad de la Laguna se ubica en la margen Suroccidental de la desembocadura del río Santiago-Cayapas, aproximadamente a unos 6 kilómetros (km) en línea recta del actual poblado de La Tola. Sus coordenadas geográficas se comprenden a grosso modo entre 1° 05' y 1° 12' de latitud N y los 79° 01' y 79° 05' de longitud W. El terreno se extiende sobre la llanura a lo largo del extremo Sur del delta del Santiago. La región de estudio incumbe únicamente la planicie costera y se detiene al pie de las colinas que forman las estribaciones de la cordillera Cayapas. Las alturas sobre el nivel del mar oscilan entre 3 y 20 metros (m), progresando paulatinamente desde la costa del Pacífico unos 10 km tierra hacia adentro. La llanura aluvial abarca unos 85.000 kilómetros cuadrados (km²) que reciben unos 3.500 mm de precipitaciones anuales.

El primer estudio sistemático de la Laguna se dio a partir del verano de 1984, con el reconocimiento del sector pantanoso ubicado hacia el interior del caserío El Cuerval (parroquia La Tola). En esa ocasión, se identificaron materiales culturales que no pertenecían al horizonte la Tolita inmersos en los estratos arenosos superficiales. La prospección con profundidad se inició en agosto de 1987, cuando se unieron al equipo de investigaciones del Museo del Banco Central del Ecuador, el geomorfólogo Jean Pierre Tihay y los palinólogos Colette Tissot y Claude Caratini de la Misión Arqueológica Francesa.⁴ Con ellos se realizó un recorrido en algunos de los sectores de la Laguna, donde se pudo verificar la existencia de un sinnúmero de zanjas que antiguamente drenaban una parte de las tierras anegadas, sugiriendo la existencia de camellones fósiles de cultivo. Los reconocimientos sucesivos dieron una idea de la extensión de la zona culturalmente transformada, del tipo de suelos y de la vegetación actual, así como del tipo de vestigios arqueológicos que estaban asociados al paisaje cultural (Valdez, 1989; Montaña, 1991).

El reconocimiento inicial de la región fue guiado por la fotografía aérea del sector de la Laguna, pero hay que subrayar que en la práctica su uso fue limitado por la poca visibilidad del terreno que se tiene en los clichés de las diferentes tomas realizadas en los últimos 40 años. La espesa cobertura vegetal y la alta nubosidad que caracteriza la región impiden distinguir la superficie del terreno. No obstante, los relieves y los cambios de tonalidad que a veces pueden verse en el manto arbóreo pueden reflejar cambios en la humedad y en la naturaleza de los suelos. Observaciones de este tipo fueron útiles para diferenciar los tipos de vegetación que caracterizan a los distintos sectores de la ciénaga.

Para paliar estos inconvenientes se optó por efectuar el recorrido sistemático del terreno, con la información puntual de guías experimentados. De hecho, este fue el método más efectivo de la prospección que llevó al descubrimiento y al registro de las evidencias estructurales de la antigua transformación del paisaje natural. El reconocimiento visual del terreno se hizo en distintas épocas del año, en las que la alternancia de ciclos de humedad y de sequía ponen de manifiesto la presencia eventual de antiguas zanjas o de elevaciones relativas en el nivel de los suelos. Así, los primeros recorridos demostraron que una buena parte de los pantanos eran estacionales y que en la llanura, cubierta por tupidos bosques, había grandes extensiones de tierra firme circundadas por múltiples zanjas que atraviesan amplios sectores de la ciénega. Estos firmes (como se los conoce en la zona) corresponden a las partes altas que sobresalen en el relieve cuando el terreno se encuentra inundando. La prospección se realizó caminando a través de los distintos sectores de la ciénega, siguiendo los suelos altos y anotando todo desnivel apreciable por la presencia de agua o por un grado mayor de humedad acumulada en los estratos visibles. Al evidenciar estos cambios en el relieve se recorrió la zona para tratar de delimitar el terreno, buscando indicios de una organización particular del espacio. Se encontraban así: zanjas, lomones de tierra firme y desaguaderos naturales. Para el registro y el mapeo de las evidencias estructurales se empleó un aparato receptor GPS Garmin II Plus, que unido a brújulas y un teodolito Theo 080^a sirvieron para la ubicación precisa sobre los mapas topográficos (CTNIF23797-I y CTNIF43797-II), escala 1:50 000, del Instituto Geográfico Militar del Ecuador. La mayor parte de las mediciones se efectuaron con cintas métricas de distintas longitudes y con las distancias relativas obtenidas con el aparato GPS. El equipo que participa en el reconocimiento se compone de cuatro personas entrenadas en la identificación de evidencias y en la evaluación cronológica de las mismas.

Por último, señalamos el problema que se presenta al tratar de fechar las evidencias que constituyen la infraestructura de los antiguos sistemas agrícolas. No es fácil hacer las asociaciones entre la cultura material (sobre todo de superficie) que aparece en o bajo los campos y la fecha de construcción original con su uso continuo.

La extrapolación de fechas sobre un territorio tan amplio es igualmente un problema real, pues la reocupación de los mismo suelos durante más de 2.000 años tiende a mezclar las evidencias, invirtiendo a menudo la estratigrafía natural. La cerámica suele ser la evidencia indirecta que más se utiliza para fechar a la infraestructura, pero la cerámica puede haber sido redepositada de contextos anteriores o posteriores y su asociación directa siempre será incierta. Fechar elementos orgánicos confiables, es igualmente difícil pues nunca hay una certeza total de la asociación original con los materiales culturales que se puede identificar. Para obviar este problema se decidió fechar las ocupaciones únicamente en los contextos mono-componentes y establecer las asociaciones posteriores sobre la base de las evidencias predominantes en un depósito dado.

Estudios Geomorfológicos

La investigación que se realiza actualmente en el territorio de la Laguna, tiene como marco de referencia los estudios geomorfológicos realizados por el Dr. Tihay, entre 1987 y 1991. Los mismos que dieron la explicación de la conformación de la parte baja del delta del sistema fluvial Santiago-Cayapas. Tihay demostró que la actual llanura aluvial, ubicada entre la playa marina y la margen sur del río Santiago-Cayapas, se formó paulatinamente por la re-deposición de los sedimentos fluviales que transporta el río. Al salir al mar, los sedimentos en suspensión son acarreados por las corrientes marinas y luego son redepositados a lo largo de la línea de playa existente. Forman así una serie de cordones litorales que van expandiendo la orilla con la acumulación sucesiva de dunas, alineadas de manera paralela a la playa (Tihay, 1988 y Tihay y Usselman, 1995; 1998).

Al parecer, este proceso se inició a partir del fin de la última trasgresión marina (llamada de Flanders), hace unos 5000 años y se mantiene activo hasta la actualidad (Tihay, 1988; Tihay y Usselman, 1995). El crecimiento del margen litoral se puede medir y fechar mediante la recolección de muestras de conchas marinas, depositadas sucesivamente en las antiguas líneas de playa. El fechamiento¹⁴ C de las muestras permitió evaluar el crecimiento paulatino de las orillas del delta. En la figura 2 se aprecia el crecimiento costero, a través de los últimos 5 milenios, que dio lugar a la formación de la actual llanura.

Empero, la formación de los cordones litorales no sólo incidió en el incremento del margen litoral, sino que fue el elemento decisivo en el establecimiento de suelos orgánicos anegadizos a lo largo del territorio recién incorporado. La sobre posición de nuevos cordones provocó el estancamiento y, eventualmente, el desvío del drenaje natural que tenían los arroyos y esteros formados por las precipitaciones tropicales. Las lluvias estacionales depositan anualmente entre 2.000 y 3.500 milímetros (mm) de agua en las colinas que rodean a la llanura aluvial. Estos nutridos caudales se escurren regularmente desde las tierras altas hacia el mar. Con la formación de nuevos cordones se obstruyen los antiguos desagüeros, se empantanán los suelos y se forman nuevos arroyos por las partes más inestables o inclinadas de la topografía ondulada. La creación de pantanos en los terrenos arenosos recién constituidos tuvo dos consecuencias importantes en la formación de los suelos:

- 1- la deposición continua de limos y estratos orgánicos acarreados por el agua sobre la superficie de los terrenos anegados; y,
- 2- la acumulación de un volumen importante de agua dulce en las capas freáticas costaneras.

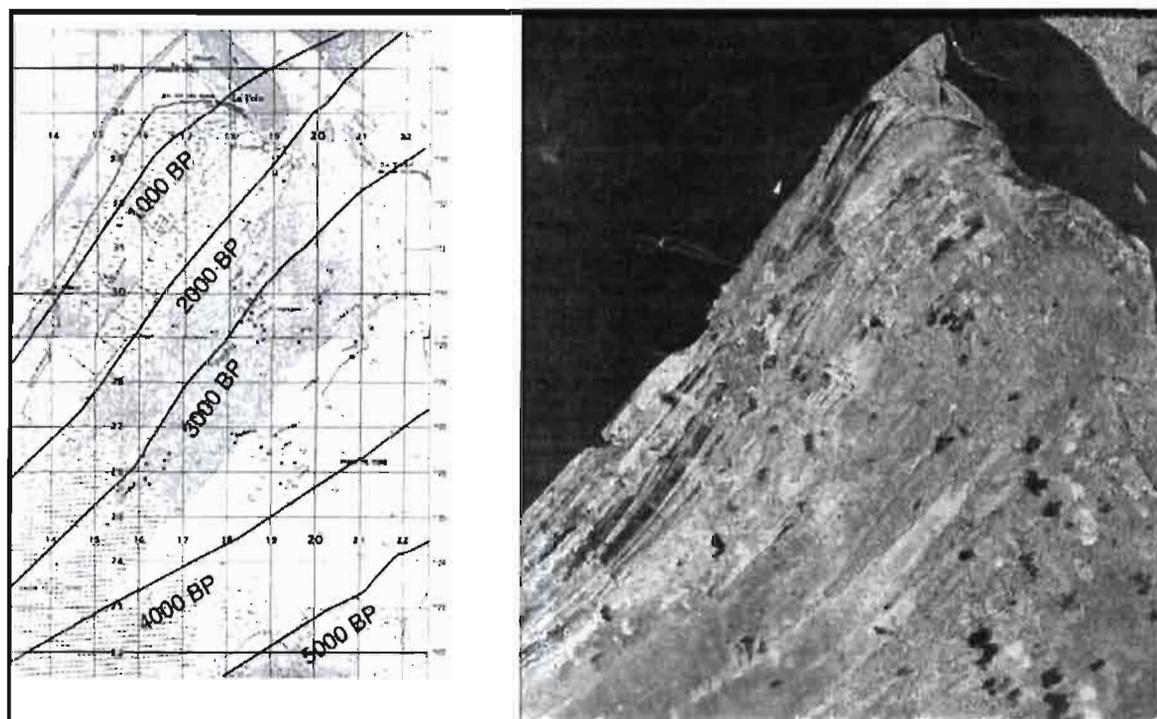


Figura 2: Evolución del perfil costero a través del tiempo.

La repercusión socioeconómica de estos fenómenos naturales fue casi inmediata, pues ante la disponibilidad de una vasta región de suelos fértiles, provista de una cantidad apreciable de agua dulce, el hombre no tardó en llegar e instalarse para sacar provecho del potencial agrícola de las nuevas tierras. Este hecho es notable y comprensible, puesto que la región costera del norte de la actual provincia de Esmeraldas ha estado cubierta de manglares desde la época de la regresión marina. La costa del delta está sujeta al influjo de las mareas que introduce una cantidad apreciable de agua salobre, limitando el rendimiento agrícola de sus suelos. Los estudios palinológicos realizados en el área demuestran que la vegetación que impera hoy en el medio no ha tenido cambios significativos durante los últimos 3000 años. Las márgenes fluviales y sus zonas próximas estuvieron cubiertas por manglares, mientras que el territorio interior estuvo poblado por espesos bosques de carácter húmedo (Caratini y Tissot, 1988).

Otro factor geomorfológico de importancia, que intervino en la conformación del delta del Santiago-Cayapas, fue la apertura violenta del canal que forma la actual desembocadura del río Santiago. Hacia el tercer milenio antes de Cristo (3.200-2.800 A.P.), intervienen probablemente factores naturales de orden tectónico, que se unen a las continuas precipitaciones, para provocar la entrada violenta de flujos inusuales de agua, que luego de inundar buena parte de la llanura próxima a la costa se evacuan junto al torrente henchido de los ríos y esteros que normalmente desaguaban el sector. La fuerza del agua descendente por los lechos desbordados se abre paso entre los sedimentos arenosos de los cordones recién formados para crear un solo nuevo cauce, más amplio, con una clara figura recta (sin meandros). La nueva desembocadura del sistema Santiago-Cayapas recoge las aguas de todos los esteros y tiene un caudal importante, pero dado su carácter sedimentario pesado, el lecho se mantiene poco profundo. Un sinnúmero de bancos de arena atravesados (la base de los cordones alineados) mantiene sumergidos a distintas distancias a lo largo de la parte final del cauce. Este factor, propio de la dinámica hidrológica costera, influyó mucho en la disposición y en la función que tuvieron los antiguos asentamientos humanos en la región. Un caso notable fue el de la isla de La Tolita, que se vio así formada y situada, tanto en el borde del nuevo cauce fluvial, como a proximidad de la orilla marítima (Santana y Dumont, 2002; Dumont, *et al.* en prensa).

Con estos antecedentes geofísicos expuestos se puede ahora revisar los resultados de la investigación en curso. Para facilitar la exposición de los hechos se procederá a organizarlos de manera cronológica, iniciando el relato con la evidencia de las primeras ocupaciones en la Laguna.

La ocupación temprana (3.000-2.500 años A.P.)

El temprano asentamiento de población al Norte de la provincia, de Esmeraldas, no ha sido materia de un estudio sistemático, a pesar de ello hay algunos datos que informan brevemente al respecto. La prospección realizada en la década de los años 80, por el equipo del Museo del Banco Central del Ecuador, documentó la presencia de numerosos sitios de ocupación temprana en los manglares litorales, entre la punta de Las Peñas y la actual frontera colombo ecuatoriana (Valdez, 1987, 1989). Los contextos tempranos excavados en la isla La Tolita fueron fechados radiométricamente entre el 700 y el 600 a.C. (Valdez, 1987: 51-57). Esta ocupación fue denominada *La Tolita Temprano* en la isla, y al igual que en el resto de la provincia fue inicialmente asociada a las manifestaciones Chorreroides que caracterizan la fase Tachina (sitio La Cantera) del centro de la provincia (Stirling, 1963; López Sebastián y Caillavet, 1979; Alcina Franch, 1979; Echeverría, 1980). Materiales culturales de iguales características tecnoestilísticas fueron identificados en varias partes de la periferia en el delta del Santiago, incluyendo la región de la Laguna. Los sitios fueron originalmente definidos como asentamientos dispersos a lo largo de la franja costera, pero hoy se sabe que también se extendieron río arriba, hacia el interior hasta la cota de los 200 msnm. La investigación arqueológica llevada a cabo por Tolstoy y DeBoer (1989) en las cabeceras de los ríos Santiago y Cayapas revelaron evidencias inconfundibles de asentamientos contemporáneos a los detectados en la costa en las tierras interiores

de la llanura aluvial. El estudio de estos sitios llevó a la identificación de una tradición cerámica, denominada fase Mafa, que aún no ha podido ser fechada mediante ^{14}C (DeBoer, 1996: 66). No obstante, esta fase por su ubicación estratigráfica y seriación cronológica ha sido asimilada a las otras ocupaciones tempranas de la costa. La evidencia de este tipo de materiales demostró una fuerte ocupación en toda la región norte de la provincia, durante el período Formativo Tardío.

La prospección efectuada, desde 1988, en las ciénegas de la Laguna evidenció la presencia de sitios tempranos en varios sectores de este amplio territorio. La mayoría de estos asentamientos se encuentra actualmente muy lejos de la línea costera (fig. 3), lo que se explica por que el perfil litoral de ese entonces se

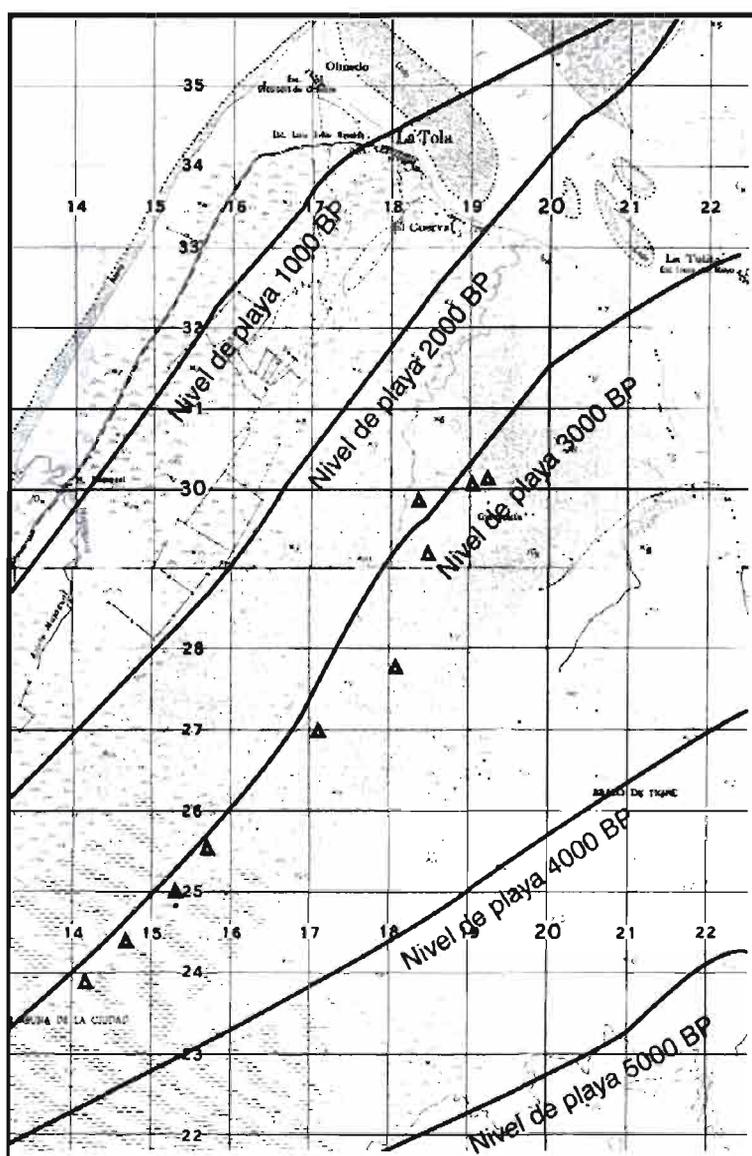


Figura 3: Distribución de asentamientos de la ocupación inicial de la Laguna

encontraba aproximadamente a unos 5 km de la franja costanera actual. Estos sitios aparecen actualmente entre 150 y 200 centímetros (cm) de profundidad, siendo por lo general cubiertos por espesos depósitos sedimentarios de carácter arenoso y limoso, propios de una zona sujeta a continuas inundaciones. La totalidad de estos yacimientos reposan sobre los ondulados bancos de arena formados por los cordones litorales anteriormente descritos. En muchos casos, los vestigios de estas ocupaciones tempranas se encuentran inmersos en la arena misma de las antiguas líneas de playa. Existen sin embargo, varios casos en los que los depósitos culturales aparecen revueltos bajo, dentro y sobre espesas capas de arcilla amarillenta o de limos color gris oscuro. La presencia de estratos mixtos en las capas arenosas de los cordones evidencian el aporte intencional de los grupos humanos que se instalaron en los firmes de la ciénega y que fueron transformando el carácter cenagoso del antiguo hábitat costero.

La lectura de varios perfiles expuestos en los niveles de esta época muestran el afán de canalizar el exceso de agua en determinados sectores (fig. 4). Sondeos efectuados en dos sitios muy distantes entre sí (La Brea y El Vapor) revelan que en el perímetro de estos asentamientos tempranos existieron zanjas transversales. Estas recogían y evacuaban el exceso de agua hacia los extremos más bajos del terreno, donde por la inclinación del suelo, los flujos se unían y se escurrían hacia el mar por los desagües naturales. Hay que recalcar que si bien hay muchos sitios que revelan la transformación física del medio, no es el caso generalizado en esta época. A lo largo de la ciénega hay un sinnúmero de asentamientos domésticos en los terrenos más firmes, conformando un conjunto coherente de agricultores sedentarios. El contenido de los basurales de estos niveles revela un material cerámico variado con características propias del Formativo Medio y Tardío, un material lítico no especializado, que incluye obsidiana proveniente de la alta cordillera, y abundan-

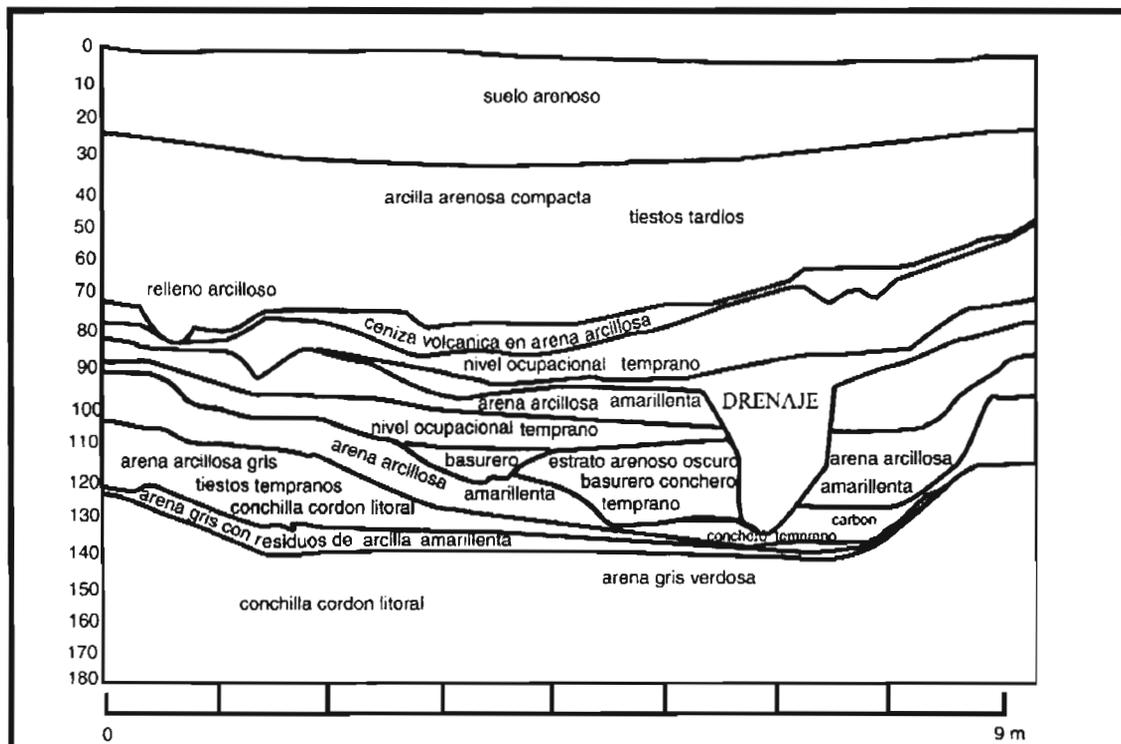


Figura 4: Identificación de drenaje en el perfil del sitio temprano Las Balsas.

tes restos alimenticios de productos del mar, mamíferos terrestres y de semillas carbonizadas de maíz y calabazas (Valdez, 1987: fig. 5).

La extensión de los asentamientos tempranos no es muy amplia, sin embargo su presencia si es numerosa a lo largo de todas las zonas prospectadas. La dispersión de los sitios refleja una organización social relativamente suelta, donde la unidad doméstica parece ser la base de la producción y de la reproducción de los valores sociales. El tamaño de los sitios sugiere que el núcleo familiar fue el eje de la producción agrícola, la caza, la pesca, la recolección y probablemente también el foco de las actividades artesanales, que sugieren ya una tecnología especializada. Las evidencias de alfarería, metalurgia y textilería⁵ reflejan una identidad común que se comparte y se trasmite a lo largo y a lo ancho del litoral norte de Esmeraldas. Las fechas radiocarbónicas (Cuadro 1) obtenidas para estos niveles sitúan estas ocupaciones entre 2.865-2.730 A.P., lo que corresponde bien con la apertura de la desembocadura del Santiago-Cayapas. Se correlacionan igualmente con las fechas corregidas y calibradas obtenidas de los niveles tempranos de la isla La Tolita: 2.778-2.545 A.P.

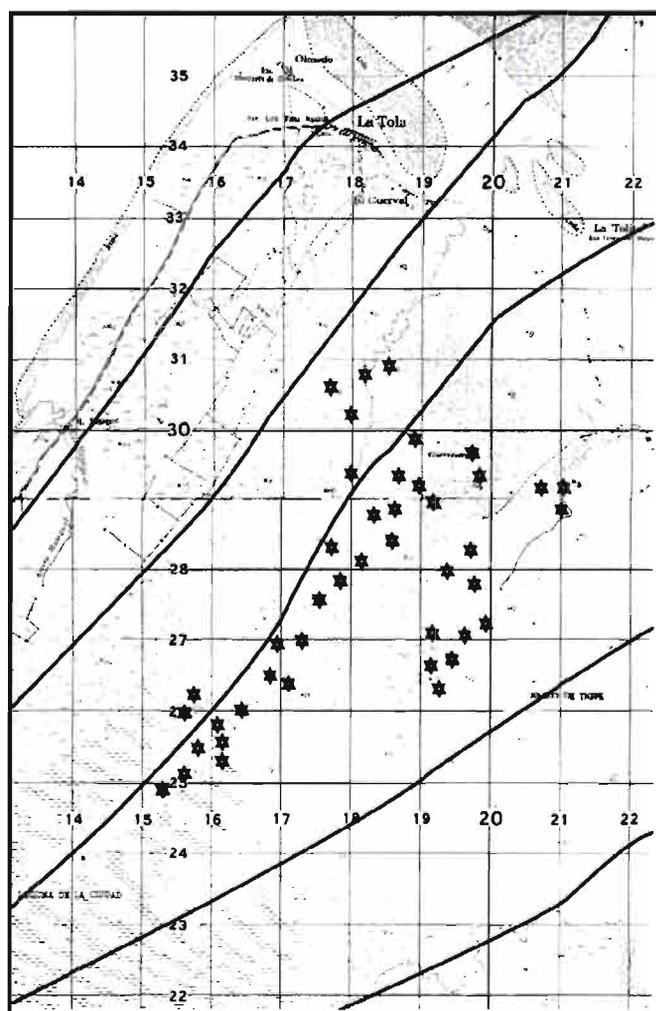


Figura 5: Distribución de asentamientos durante el predominio de la cultura La Tolita.

Cuadro 1. Fechas radiocarbónicas de las ocupaciones de la Laguna de la Ciudad

Muestra#	Sitio	Fecha ¹⁴ C	Calibración 2 sigmas
Gif 11900	La Brea -03	2670 ± 35 BP	918-780 BC (2868 - 2702BP)
Beta181458	Balsas - 03	2660 ± 60 BP	915-780 BC (2865 - 2730 BP)
Beta197179	Balsas 02-04	1930 ± 70 BP	50 AD-240 BC (2000 - 1710 BP)
Gif 11899	EL Indio -03	1585 ± 50 BP	328-621 AD (1622-1329BP)
Beta181460	Pte. Bosco-03	1400 ± 90 BP	530-815 AD (1420 - 1135 BP)
Beta197178	La Brea 02-04	1350 ± 70 BP	630-890 AD (1320 - 1060 BP)
Beta171893	El Indio 09-02	1050 ± 80 BP	810-840 AD (1140 - 1110 BP)
GX-30045	El Indio 03-03	750 ± 60 BP	1212-1326 AD (738 - 624BP)

El panorama que reflejan las evidencias de las primeras ocupaciones de la Laguna muestra que grupos humanos que poseían un rico bagaje cultural se instalaron en este medio recién formado, para aprovechar de la presencia de agua dulce abundante y asegurar así una producción agrícola estable. A medida que el exceso de humedad limita las posibilidades del cultivo se comienzan a sanear los suelos mediante zanjas de drenaje. Sin embargo, la transformación del medio se da a una escala reducida, probablemente obedeciendo a las necesidades de unidades domésticas individuales. Es probable que las precipitaciones estacionales incrementaban regularmente los caudales de agua y los drenajes se volvían necesarios para sanear el área de vivienda y los eventuales cultivos.

La era Tolita (2.400 – 1.060 A.P.)

La influencia de la cultura La Tolita en la Laguna se hace sentir al mismo tiempo que en la isla epónima. En muchos sitios los contextos Tolita aparecen directamente sobre los niveles tempranos, en otros en cambio, se encuentran sobre los suelos arenosos de los cordones firmes, demostrando una ocupación más amplia del territorio. Como se puede apreciar en la figura 5, el incremento de los asentamientos es notable en buena parte de los sectores más altos. En general, el patrón sigue siendo disperso, pero se nota una tendencia hacia la agrupación de elementos sobre áreas más amplias. Esto puede sugerir el inicio de una nuclearización fundada sobre la reunión de varias familias que comparten actividades o centros de interés. La prospección ha revelado varias zonas de más de una hectárea donde hay una buena concentración de materiales culturales de esta época (El Vapor, Zapotal y Garrapata), lo que contrasta con los sitios de la etapa anterior que por lo general no tenían una extensión superior a unos 300 metros.

El material cerámico y lítico presenta las mismas características que en el centro ceremonial, estos son: recipientes adornados de formas variadas, la presencia amplia de figurillas fragmentadas y al parecer también, ofrendas funerarias excepcionales. Aunque el equipo no recuperó muestras de metalurgia en los sondeos, se conocen varios casos de elementos de oro labrado que han sido encontrados por los campesinos en la región. Entre los elementos distintivos de La Tolita que se registran en el subsuelo de varios sectores aparecen igualmente las columnas de elementos cerámicos superpuestos (*tumbiras*). Generalmente, estos son grandes recipientes desfondados o elementos tubulares embonados unos sobre otros. Su presencia refleja una práctica cultural hasta hoy enigmática, pero que en su momento fue un elemento diagnóstico de la ideología Tolita. Su función no es del todo clara, pero los elementos parecen estar vinculados con el culto a los antepasados, a la necesidad de conectarse con el inframundo para realizar ofrendas de origen orgánico (Valdez, 1987: 24-31) y posiblemente a la conservación de alimentos (ver discusión).

En la superficie se aprecia igualmente otro elemento característico de esta cultura: los montículos artificiales conocidos como tolas. La mayor parte son estructuras ovaladas, de diámetros no superiores a los

30 m y de una altura no mayor a un metro. Las tolas aparecen dispersas en los sectores más firmes, pero están próximas a grandes zanjas transversales. Al parecer fueron la base de ciertas viviendas que se diferenciaron del resto por su elevación. Posiblemente fueron también el asiento de algún personaje relevante. Hasta la fecha no se han detectado conjuntos de tolas que podrían ser considerados por su conformación como centros de reunión cívico ceremonial.

Otra novedad que aparece en determinados sectores de la ciénega son calzadas o caminos elevados que se introducen en varias direcciones, uniendo las zonas firmes drenadas. Las calzadas son rectilíneas, suelen tener un ancho máximo de hasta 3 m y, por lo general no se elevan a más de 80 cm sobre el terreno circundante. En algunos casos se anota la presencia de dos canales laterales que mantienen el camino seco y acentúan su altura relativa. Cortes realizados en algunos tramos de las calzadas demuestran que el material de construcción empleado es constituido por los mismos estratos arenosos que conforman el subsuelo, pero no se descarta la posibilidad de que originalmente se construyeron alineando troncos caídos sobre el piso inestable que luego se fueron tapando y consolidando con materiales terrosos del contorno. Si bien las calzadas aparecen por primera vez durante la ocupación Tolita, estas se van hacer más populares y largas en la etapa siguiente, cuando se entrelazan muchos otros sectores de la Laguna.

En esta etapa el paisaje comienza a ser transformado a gran escala, a lo ancho de los cordones se generaliza el trazo de zanjas de drenaje que sanean el suelo firme y evacuan los flujos de agua hacia las partes bajas del terreno donde se han dispuesto canales que recogen y encausan el caudal hacia los desagües naturales (foto 1). El resultado es un sistema organizado de drenaje que deseca amplios sectores de la Laguna. No se puede determinar cuanto tiempo demoró este proceso, iniciado durante la etapa de las primeras ocupaciones. Sin embargo, se puede afirmar que se generaliza con los asentamientos del periodo Tolita. Hasta el momento, la prospección ha evidenciado, que en esta época se sanearon unas 1600 ha mediante los canales de drenaje que surcan los antiguos cordones en dirección E/W. Los cordones más anchos están prácticamente cuadrículados por las zanjas transversales y los canales laterales que se pierden en los bajos. Esta situación es particularmente visible en las zonas del bosque, hoy despejado, que han sido recuperadas por los actuales campesinos para efectuar cultivos y pastizales de ganadería (Sectores El Indio, Zapotal, El Vapor y Garrapata).



Foto 1: Canales que drenan los suelos firmes

Al recorrer las zonas no despejadas del bosque también se encuentran las zanjas, parcialmente cubiertas por la vegetación secundaria, en las que se nota la humedad del subsuelo que sigue recogiendo y fluyendo por gravedad en épocas de lluvia. Al seguirlas se descubre el intrincado sistema canales mayores y menores que desaguan los terrenos firmes. En algunos casos los canales confluyen hacia depresiones pantanosas de forma ovalada, donde se reúne el agua y se conservan distintos niveles durante todo el año. Los reservorios artificiales mantienen latente la capa freática que humedece el subsuelo circundante, propiciando el crecimiento vegetativo aún en las sequías prolongadas. La presencia de estas zonas húmedas, que se mantienen pantanosas todo el año, refleja el equilibrio que los habitantes de esta época supieron guardar para mantener el subsuelo saturado aun en los tiempos más secos.

La fuerte densidad de material cultural que aparece en la mayor parte del territorio cruzado por las zanjas demuestra que la ocupación se vuelve masiva. En los basurales se aprecian restos cerámicos y residuos orgánicos que se han transformado en estratos oscuros heterogéneos sobre una base arcillosa. Estos estratos contrastan con los sedimentos arenosos que generalizaban las ocupaciones tempranas. Los nuevos niveles ocupacionales se caracterizan por tener un menor porcentaje de residuos de moluscos marinos o fluviales. Hay concheros, pero no son ya el elemento predominante en los basurales de esta época. Aparece en cambio un mayor porcentaje de cantos rodados desgastados y piedras de moler fragmentadas que sugieren una mayor dependencia hacia los productos de origen agrícola. No obstante, ni la densidad, ni la calidad del material cultural es heterogénea, notándose una alta proporción de material utilitario, sumamente burdo, que aparece regado por doquier, con zonas de materiales más variados en determinados sectores. El material aparece de manera intermitente a lo largo y a lo ancho de los terrenos saneados, inmerso en estratos arenoso arcillosos que guardan manchas de limos de color oscuro u rojo oxidado. La impresión que se tiene es que se trata de terrenos que han sido alterados de manera constante por la presencia humana y puede ser lógico pensar que se trató de terrenos de cultivo, parcelados artificialmente por las zanjas, simples y dobles, que atraviesan los cordones a distancias más o menos regulares de entre 80/200 m. En muchas de estas parcelas se encuentran uno o dos montículos artificiales que podrían reflejar zonas específicas de vivienda.

Al estimar la fuerza de trabajo necesaria para realizar la infraestructura que se observa en el terreno, se debe reconocer que no es un trabajo que requiere de un número excesivo de mano de obra. El trazar zanjas rectas, que por lo general no tienen más de 4 m de ancho por 300 m de largo, es una tarea que puede efectuarse por los miembros de 2 ó 3 unidades domésticas. El encausar y drenar el exceso de agua de parcelas, que pueden llegar a tener aproximadamente unas 6 ha, es un trabajo que se puede efectuar fácilmente en la época estival. Con la disminución de las precipitaciones el terreno se seca gradualmente y se puede observar el eje de las gradientes naturales por las que se desaguan los suelos. En estas condiciones, el saneamiento parcelario pudo efectuarse en un tiempo relativamente corto, sin un esfuerzo particular. De la misma manera, el mantenimiento del sistema pudo estar a cargo de un grupo reducido de personas (los miembros de familias ampliadas) que cuidaban los cauces respetando los ciclos agrícolas. El resultado de este trabajo debió traducirse en una producción agrícola estable, donde la relación óptima entre una inversión anual baja de tiempo de labores se cuantifica en rendimientos apreciables. El drenaje sistemático de los terrenos firmes aseguró así una fuente de sustento a una población cada vez más numerosa.

Si bien hay una apropiación considerable de terreno en la época Tolita, se hace difícil estimar cuanto tiempo duró el saneamiento y sobre todo si este trabajo fue dirigido por un poder central. A pesar del incremento notable de población en esta etapa, la mayor parte de los contextos sondeados tiene un carácter relativamente tardío en la secuencia de la fase Tolita. En varios casos, las fechas de ^{14}C obtenidas corresponden a un tiempo en que el centro ceremonial había sido ya abandonado.

La era post La Tolita (1.100 – 700 A.P.)

Hacia el 400 d.C. se produce la caída del centro regional, y la cultura La Tolita aparentemente pierde su hegemonía en la región (Valdez, 1987; Patiño, 1993). Las ocupaciones en la isla epónima diezman al punto de que allí no se encuentran evidencias fechadas con posterioridad al siglo V d.C. Sin embargo, la población de las zonas aledañas que compartió la ideología Tolita siguió ocupando su territorio y continuó produciendo una cultura material con los rasgos diagnósticos de la antigua tradición. Los trabajos de Tolstoy y DeBoer identificaron muchos de estos asentamientos en las cabeceras de los ríos Santiago y Cayapas -fases Herradura, Las Cruces y Mina- (Tolstoy y DeBoer, 1989; DeBoer, 1996), pero poco o nada se conocía de ellos en la zona próxima al litoral. La prospección efectuada en el conjunto de la Laguna ha puesto en evidencia un nuevo panorama sobre los asentamientos pertenecientes a la era post Tolita. De hecho, las evidencias culturales más numerosas que se encuentran en la ciénaga pertenecen a las ocupaciones tardías (fig.6). Las características tipológicas comparten algunos rasgos de las fases definidas para las cuencas altas

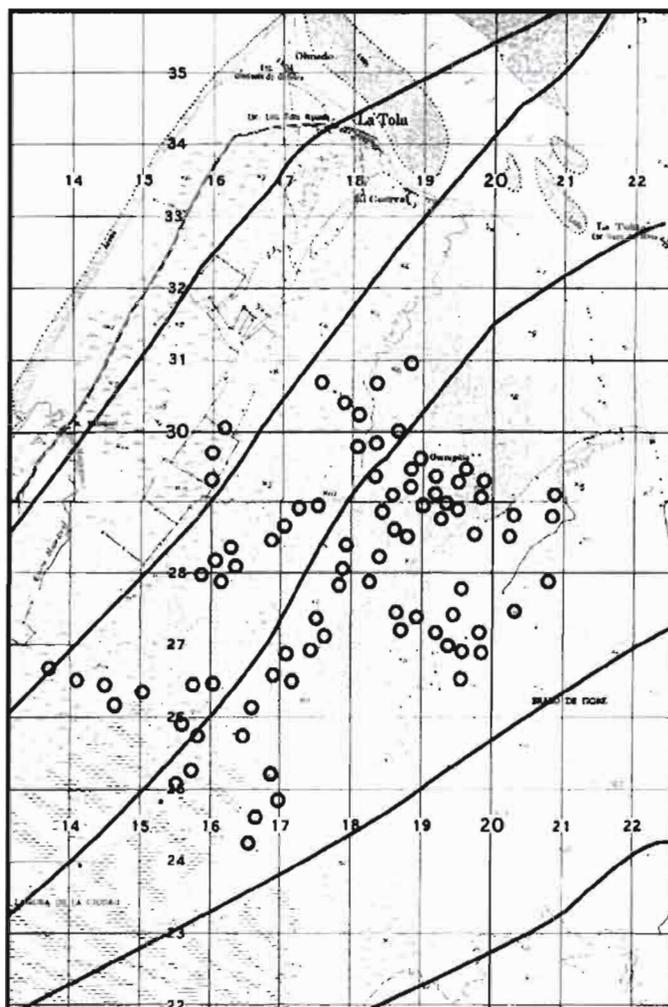


Figura 6: Distribución de asentamientos en la era post La Tolita.

del Santiago y del Cayapas, pero presentan además nuevas formas y nuevos motivos decorativos. Se puede pensar que la muestra obtenida en la Laguna pertenece a una tradición que, habiendo roto con los estilos de sabor Tolita, evoluciona de manera independiente en las distintas regiones en que está presente.

El material de esta etapa aparece en todos los sectores prospectados y en muchos casos se asienta en zonas que no presentan huellas de las ocupaciones anteriores. El asentamiento tardío generalizado sobre las zonas firmes no llama la atención, pues los terrenos han sido ya saneados y la infraestructura existente sigue cumpliendo su papel a cabalidad. En todos los casos, los montículos de la etapa precedente son reutilizados y a menudo ampliados con los depósitos sucesivos. Se construyen así mismo, nuevas tolas en zonas que antes eran marginales a los cordones altos. En esta etapa lo notable resulta ser la cantidad de nuevos sitios funcionales que aparecen en las zonas más húmedas de la ciénega. Es precisamente en estos sectores donde se inicia la segunda etapa en la transformación del paisaje con el surgimiento de nuevos camellones de cultivo. El sistema que aprovecha verdaderamente las tierras inundadas comienza a generalizarse aproximadamente a partir del año 800 d.C.

El sistema de drenaje de los cordones altos da un paso más y se comienzan a recuperar algunas tierras sumergidas, creando pequeñas parcelas en el pantano. Mediante la acumulación de sedimentos sólidos sacados del fondo de la ciénega, se construyen franjas de tierra firme, largas y poco anchas, donde se pueden efectuar cultivos todo el año. Al emerger del pantano, los lomones se drenan y se consolidan constituyendo pequeños islotes en un medio perpetuamente húmedo. En época de lluvias el entorno se inunda y la solidez de las nuevas franjas firmes corre peligro, por lo que es necesario elevar el nivel del terreno con los nuevos sedimentos limoso-arcillosos que arrastran las aguas. En este proceso se aumenta el volumen del camellón y se enriquece la calidad de suelo agrícola, por lo que el efecto producido es doblemente beneficioso. Con el paso del tiempo y con el mantenimiento continuo de los camellones se logran superficies de cultivo estables con sendos canales de drenaje en torno a ellos. La recuperación de las tierras anegadas es un fenómeno que busca aumentar la superficie cultivable y por consecuencia a producir una mayor cantidad de alimentos. Resulta evidente que en estos espacios continuamente anegados no hay zonas de habitación permanente. Como se verá más adelante, las condiciones de salubridad no debieron ser adecuadas para la vida doméstica, por lo que se abre una nueva dicotomía: áreas de vivienda y zonas de producción agrícola. De hecho, los vestigios que aparecen en las parcelas sumergidas no tienen el carácter variado de los basurales domésticos. Cuando se encuentra alguna acumulación de desechos cerámicos, estos son elementos burdos que pueden haber tenido funciones de transporte o de uso individual (ollas simples de tamaño mediano y cuencos pequeños). Los verdaderos depósitos habitacionales se encuentran en las zonas firmes, bien drenadas, donde se puede asumir que estuvieron afincadas las estructuras de vivienda.

La prospección ha revelado que en la preparación de los camellones hay una planificación, que habla de una verdadera ingeniería hidráulica. Las franjas de tierra elevada se ubicaban de manera intercalada a lo largo y a lo ancho del terreno, de manera de encausar el agua desviando el cauce entre meandros artificiales, que rompen así la fuerza del flujo. El agua es luego dirigida en zanjas hacia otras zonas del pantano, desde donde se desaguan por las vías naturales. En este nuevo sistema, la amplitud de las parcelas elevadas es variable, tanto en el tamaño y la forma de las bandas, como en el número y en la disposición de las mismas. Por lo general, el camellón tiene una forma linear, rectangular (con los extremos redondeados). En su estado actual, el ancho no suele ser mayor a 6 m, y el largo varía entre 5 y 25 m. En promedio su altura nunca sobresale más de unos 40-50 cm del nivel del agua circundante, pero es obvio que la erosión debe haber afectado a las proporciones originales. La distancia entre un camellón y otro es también variable: entre 3 y 5 m. En la actualidad, los canales suelen estar rellenos de sedimentos limosos y hojarasca, los que son fácilmente transportados en época de lluvias. En algunos casos, donde la gradiente es algo más acentuada, el flujo de agua es mayor y los canales son todavía profundos. Entre los conjuntos de camellones prospectados hay sectores que tienen más de 20 ha (La Georgina) y otras que pueden tener sólo hasta unas 8 (La Brea).

Una zona amplia que recientemente ha sido estudiada en detalle (El Indio) alcanza unas 10 ha e incluye un número importante de camellones, regados ampliamente sobre la ciénaga. En este conjunto predominan las franjas lineares que corren en sentido N/S, con otras transversales situadas a media distancia entre los primeros (foto 2). Los que tienen una dirección opuesta suelen ser más pequeños y a menudo tienen una forma angular (en forma de la letra L) que ayuda a encausar mejor el flujo del agua (fig. 7). Al tratar de asociar un patrón conocido a las variedades encontradas en la Laguna, no se llega a encontrar un equivalente adecuado en las tipologías de establecidas (Denevan y Turner, 1974; Plazas y Falchetti, 1981; Zucchi y Denevan, 1979; Butzer, 1996: 202).

En realidad los modelos que se tienen son manifestaciones singulares que comparten algunas de las características de varios de los patrones definidos:



Foto 2: Camellones en el sitio El Indio

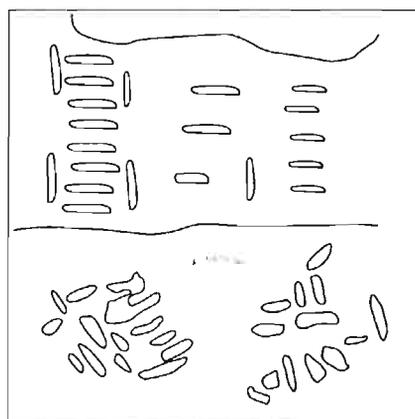


Figura 7: Algunas modalidades de formas de camellones de la era post La Tolita.

- La noción de los tipos *damero* y *escalera*, aparece con la combinación de franjas horizontales y verticales intercaladas sobre una zona definida;
- La noción del tipo *represado* puede encontrarse por los canales mayores y menores que entornan a las bandas de tierra firme;
- El tipo más común puede calificarse de *disperso con meandros*, ya que se estructuran las bandas de camellones rectos y en forma de L o Z formando zanjas con meandros sobre un área amorfa, sin un orden aparente.

No obstante, hay que reconocer que en todos los casos impera siempre la lógica de encausar y desviar los flujos altos de agua.

En estos conjuntos se pueden distinguir, además de los camellones y las zanjas laterales, grandes canales que dirigen el agua hacia lagunillas de apariencia artificial, hoy conocidas como “bañaderos”. Estas debieron haber sido zonas de desfogue de caudales, y pudieron haber servido como reservorios de agua para las épocas de estiaje prolongado. Es posible que en estos estanques rudimentarios se haya podido realizar la cría (controlada o no) de muchas variedades acuáticas o anfibias, tal como peces, anguilas, cangrejos y otros moluscos, así como tortugas, iguanas y caimanes. Todas estas variedades se crían libremente en la actualidad y son explotadas sistemáticamente por los campesinos modernos que se aventuran ex profeso en los pantanos para cosecharlos. Sobra decir que hay igualmente un sinnúmero de aves que frecuentan los bañaderos y que son presa fácil para los cazadores. En la lógica del pantano estos recursos usuales debieron haber sido mantenidos y explotados regularmente por los habitantes de antaño. Una prueba innegable de ello es la cantidad de material cultural tardío (cerámico y lítico) que abunda en estos espacios aparentemente tan inhóspitos.

La mayor parte de los camellones se encuentran hoy cubiertos por el bosque pantanoso y no son aprovechados por los campesinos modernos. La razón obvia es la dificultad de acceso y el estado muy degradado que presentan, pues ya no cuentan con el mantenimiento continuo que debieron haber tenido cuando estaban en uso. Hoy la naturaleza ha recobrado sus fueros y la vegetación los cubre con un espeso manto

Tal como se ha mencionado es en este periodo cuando se efectúa la construcción de la mayor cantidad de calzadas o caminos elevados. Estos aparecen trazados en varias direcciones a lo largo del territorio de la ciénaga. Estas se presentan como franjas largas y estrechas de sedimentos acumulados. Hay algunas calzadas que se dirigen hacia lo que fueron las orillas de la antigua playa marina. Varios de los tramos que han sido medidos tienen hasta más de dos kilómetros de largo. En la actualidad su ancho no suele ser mayor de 3 m y su altura puede llegar hasta más de un metro sobre el nivel circundante. Los campesinos modernos los llaman *terraplenes* y aún se circula por ellos, sobretodo en época de lluvias. La prospección ha evidenciado algunos tramos, hoy olvidados en el bosque, que sin una razón aparente se detienen o han sido cortados en su dirección original. Estos debieron haber comunicado sectores poblados que hoy han desaparecido bajo el pantano y la vegetación (fig.8). En los cortes y perfiles de algunos tramos que se han limpiado, se aprecian muchos desechos culturales tardíos que se han acumulados con los sedimentos, como parte del material de construcción. Entre otros desechos se destacan varias especies de conchas marinas y de manglar que fueron consumidas y que están mezcladas con los materiales de esta época. Obviamente, estos materiales tardíos pudieron haberse integrado a las calzadas al momento de reparar las calzadas preexistentes o de efectuar trabajos de mantenimiento sucesivos.

Para terminar con la presentación de las evidencias de esta etapa, hay que señalar la presencia de una nutrida capa de ceniza volcánica que recubre todos los depósitos culturales tardíos, sellando con un estrato blanco, exógeno, las últimas ocupaciones prehispánicas en la Laguna. Este fenómeno se generaliza en todo el territorio, pero es particularmente visible en las zonas anegadas, donde la ceniza se ha depositado y ha

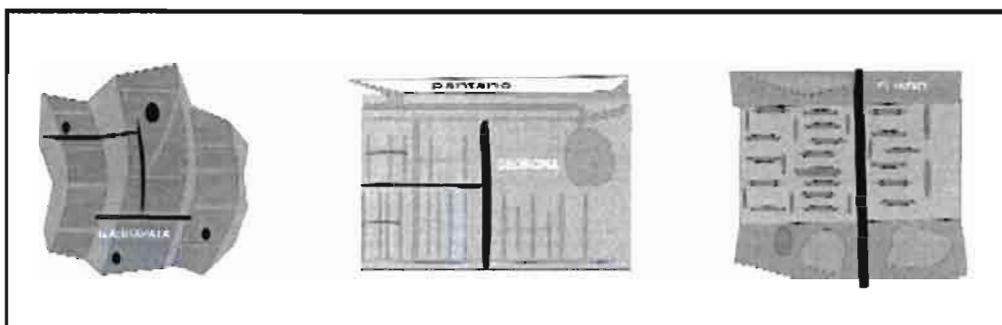


Figura 8: Caminos elevados sobre nivel del pantano.

permanecido en estado puro. En los suelos firmes la ceniza se ha mezclado parcialmente con elementos contaminantes, como la materia orgánica en descomposición que es omnipresente. En estas circunstancias, la ceniza es menos apreciable en algunos sectores; en otros la capa tiene entre 3 y 5 cm de espesor. La geóloga Patricia Mothes estima que la tefra tiene las características geoquímicas de la ceniza proveniente de la erupción del volcán Quilotoa, acaecida hacia el año 810 A.P. (Dra. Patricia Mothes, comunicación personal octubre 2002). Si este es el caso, se confirma que las ocupaciones que se encuentran bajo el sello de la capa de ceniza son forzosamente anteriores al año 1200 de nuestra era. Cabe recalcar que la capa de ceniza aparece a escasos 10-15 cm de profundidad y que no existen vestigios precolombinos en el estrato húmico superficial. En estas circunstancias parece innegable que la importante caída de ceniza alteró el destino de los asentamientos en la Laguna, provocando eventualmente el abandono de la región pantanosa hacia inicios del siglo XIII.

Discusión

En el recuento cronológico que se ha realizado, de la evidencia arqueológica encontrada en las ciénagas de la Laguna, se ha podido recrear una imagen de las distintas ocupaciones que se han sucedido en este territorio en el transcurso de los últimos 3.000 años. No obstante, hay un sinnúmero de puntos que deben ser discutidos a la luz de las implicaciones socioculturales que han caracterizado al desarrollo de estos pueblos desde el inicio del poblamiento regional. Sin duda alguna, uno de los aspectos más notables en discusión es la evolución del sistema de organización social que caracterizó a los pueblos que transformaron el medio ambiente pantanoso y como este se modificó a través del tiempo. Esta discusión es particularmente necesaria al estudiar el uso y el desarrollo de antiguas técnicas agrícolas especializadas, con un potencial alto de generación de excedentes.

En la actual franja litoral del norte de Esmeraldas, no se dispone de evidencias arqueológicas de una ocupación humana anterior al tercer milenio a.C. Es posible que hayan existido asentamientos anteriores a la transgresión marítima, acaecida con el *optimum* climático hacia el 5.000 A.P., pero la mayoría de estos se encontrarían hoy bajo las aguas. En la parte expuesta del litoral, no se ha identificado aún evidencia consistente de yacimientos anteriores al 3.000 A.P. A partir de esta fecha, la ocupación del territorio se da en forma progresiva y constante. Para este entonces, el hombre es ya, en esta parte de América, un agricultor sedentario, que interactúa con distintos nichos ecológicos y que busca tierras fértiles y recursos naturales estratégicos para expandir su campo de acción. En el delta del sistema fluvial Santiago-Cayapas, el hombre aparece desde que se forma en la llanura aluvial un territorio estable, con una reserva importante de agua

dulce y que actúa como un refugio natural de muchas especies de plantas y animales. La Laguna de la Ciudad se construye como una ciénaga de agua dulce, con altas franjas de tierra firme en un medio costero cubierto por manglares. La riqueza de este medio le atrae y le obliga a desarrollar estrategias de adaptación que le permitirán establecerse y expandirse paulatinamente en toda la región.

El análisis de las primeras evidencias ocupacionales demuestran que la sociedad que se instala en el área tiene ya un bagaje técnico-cultural que le permite sacar provecho de los recursos que encuentra en el medio. Los vestigios de las primeras ocupaciones revelan una integración óptima al nuevo medio, pues se encuentran evidencias de una variada utilización de los distintos tipos de recursos disponibles en un área amplia. La sociedad que se asienta en la costa norte de Esmeraldas, se adapta a las condiciones más diversas. Las evidencias indirectas de su organización social sugieren una fuerte cohesión interna, a pesar de que el patrón de asentamientos es disperso sobre un territorio muy amplio. Este patrón refleja una estrategia adaptativa de amplia movilidad que permite sacar el máximo provecho de un territorio inicialmente limitado. En los basurales de la primera época se encuentran restos alimenticios provenientes tanto del mar como del manglar, junto con cultivos terrestres. Aparecen igualmente desechos líticos procedentes de distintos medios que hablan de interacciones a corta y larga distancia: cantos rodados de las cabeceras de los ríos, areniscas de las colinas interiores y, obsidiana de la sierra andina. Entre los recursos aprovechados aparecen igualmente materiales que no se vinculan a una simple economía de subsistencia, sino que reflejan además la importancia que tienen ya los bienes de prestigio y el uso de materias primas raras o exóticas. El caso de una laminilla de oro encontrada en un depósito de esta época, resulta ser particularmente importante, pues aparte de ser una de las primeras evidencias de metalurgia en el país, habla ya del origen de una actividad que será luego culturalmente característica de la región.

Dada la trascendencia tecnológica del hallazgo conviene hacer una breve descripción del objeto. Se trata de una lámina de 18 mm de largo por 11 mm de ancho y un espesor máximo de 0,1 mm. Tiene la forma de una letra F y presenta dos perforaciones equidistantes sobre el borde del eje vertical. Ha sido trabajada mediante, el martillado y calado, técnicas sencillas que no requieren de un instrumental complicado. Las perforaciones indican que la pieza estuvo sujeta a otro elemento, mediante alambres o ganchos, quizás del mismo material. Se ve aquí el primer ejemplo de una larga tradición de componer objetos mediante la unión de varios elementos articulados. Su composición mineral ⁶ es similar a la de otras muestras de orfebrería (más tardías) obtenidas de La Tolita; por lo se puede suponer que fue elaborada con materia prima sacada de los lavaderos auríferos de la región del río Santiago. No se puede aún afirmar que la pieza fue trabajada en el sitio de su hallazgo, pero su contexto es claro y ha sido fechado en 2660 +/- 60 A.P. (915 a 780 a.C. calibración 2 sigmas). En todo caso, el uso temprano del metal cerca de uno de los placeres auríferos más conocidos de la región es una clara evidencia del conocimiento del medio y del aprovechamiento temprano de los recursos allí disponibles.

La cerámica atestigua también una maestría artesanal heredera de una tradición ya depurada. Rasgos estilísticos de las culturas costeñas Machalilla y Chorrera son claramente visibles en las formas y en la decoración plástica de los objetos que abundan en los basurales domésticos. La homogeneidad tecnológica y estilística que demuestran los vestigios de todos los sitios tempranos expresa una fuerte identidad cultural enraizada en una ideología compleja que no se ocupa simplemente del sobrevivir cotidiano. Los valores simbólicos que se expresan en la iconografía reflejan una sociedad sólida que gira en torno a un sistema de creencias ampliamente compartidas. Esto es tanto más notable, en cuanto el grupo se encuentra disperso sobre un territorio muy amplio y que los asentamientos reflejan unidades domésticas relativamente pequeñas. La unidad ideológica fuerte cohesionan al grupo a pesar de su dispersión espacial y es probable que el sentimiento de pertenencia común se haya manifestado en reuniones periódicas en centros cívico ceremoniales, que desgraciadamente aún no se han detectado en la región. Quien sabe si el sitio La Tolita, famoso en la etapa siguiente, tuvo ya un rol precursor desde esta época.

El modo de vida agrícola complementado con los recursos acuáticos y con el consumo de mamíferos terrestres permite el incremento rápido de una población que tiene de por sí un desarrollo cultural manifiesto. En este escenario prodigo no es raro que los primeros habitantes se hayan preocupado por sanear su hábitat, drenando el exceso de agua que estacionalmente invadía las tierras firmes. A medida en que la población crece la necesidad de tierras fértiles impulsa la expansión sobre el territorio cienoso con un progresivo manejo del agua concordante. Dadas las extensiones relativamente limitadas de cada asentamiento, se sospecha que la transformación del medio fue una obra ejecutada en el ámbito doméstico por los integrantes de cada grupo. Este trabajo permitió a cada grupo mantener una o más huertas en el contorno inmediato de su lugar de residencia. La dispersión de materiales culturales sugiere que la extensión de estos espacios no solía sobrepasar un radio de 300 metros. En este contexto se inicia la vida aldeana dispersa y se "antropisa" paulatinamente el medio durante unos 400 años en que se aprecia un cambio significativo en los modos de vida.

La siguiente etapa se encuentra dominada por la hegemonía cultural de la fase La Tolita (Clásica y Tardía) y en ella se producen importantes cambios con la implantación de un modo de vida aldeano casi generalizado. El tamaño de los asentamientos crece notablemente y se supone que varias familias comparten una misma área y actividades similares. Este crecimiento se traduce en la nuclearización de muchos asentamientos en varias zonas, donde se toman medidas importantes para drenar los cordones altos más amplios. El trazo de zanjas transversales al eje del terreno firme va creando parcelas de tamaño significativo (entre 2 y 8 ha) donde se encuentran basurales domésticos concentrados, montículos artificiales de tamaños moderados dispersos y zonas de actividad no definidas por el contenido de sus vestigios culturales, que se interpretan como terrenos de cultivo.

La extensión de los terrenos drenados en el conjunto del territorio prospectado es grande (1600 ha), pero no abarca la totalidad del pantano. El drenaje sistemático incumbe casi exclusivamente las zonas más altas o firmes del terreno. Sin embargo, hay que recalcar que las parcelas saneadas son ya una variedad de campos elevados (sobre el nivel usual de la ciénaga que es ligeramente inferior), pues al drenar el exceso de humedad se crea una dicotomía entre los llamados firmes y los pantanos marginales que tienen flujos de agua intermitente. La conciencia de la necesidad de mantener un equilibrio entre los terrenos húmedos y secos se aprecia ya en esta época con la creación de depósitos controlados de agua circundantes. El drenaje continuo seca y afirma el terreno en el verano, pero es necesario mantener una concentración de humedad a proximidad durante los meses de estiaje en que pueden pasar hasta tres meses sin precipitaciones significativas. Esta prevención resulta elocuente en el ámbito de una voluntad de mantener una producción agrícola variada y constante durante todo el año, pues no todos los cultivos requieren de la misma cantidad de humedad.

En estas condiciones de producción constante se presenta necesariamente la cuestión de la generación de excedentes, en una cantidad que sobrepasa las necesidades amplias de la población que produce. El cálculo conservador de unas 1600 ha de suelos drenados refleja un potencial de rendimientos muy grande, que por la naturaleza del clima húmedo y cálido no podría conservarse por mucho tiempo. Estos excedentes deberían ser transformados y consumidos en un tiempo prudencial. Obviamente, la población aledaña a la zona de producción se benefició de manera inmediata, consumiendo y distribuyendo los productos en su entorno familiar. Una parte de estos rendimientos debió servir igualmente para el intercambio de materias primas y de productos elaborados en otras regiones de este amplio territorio. Sin embargo, lo que se conoce de la dinámica social de las sociedades prehispánicas, hace suponer que una buena parte de la producción estuvo destinada a suplir las necesidades considerables del centro cívico mayor (La Tolita) y de otros centros secundarios, donde se realizaban ceremonias y festines cíclicos (Sahlins, 1968; Hayden, 1995, 1996; Blitz, 1993; Feinman, 1995; Butterwick, 1998). Los centros cívicos o ceremoniales se caracterizaban por reunir en determinadas ocasiones a un número importante de participantes venidos de los alrededores. En es-

tas ocasiones se consumían grandes cantidades de alimentos y bebidas elaboradas principalmente de maíz y yuca. Al parecer, el festín colectivo fue la forma más usual de redistribución de los excedentes agrícolas entre los habitantes de la región. Los residuos de esta actividad constituyen la evidencia cerámica más significativa que se encuentra en todos los contextos del sitio La Tolita. La inmensa cantidad de vajillas y recipientes adornados, en que se preparaban, almacenaban y se servían alimentos sólidos y líquidos caracteriza los depósitos culturales de las tres etapas de ocupación evidenciadas en el centro ceremonial.

La evidencia del consumo masivo y cíclico de frutos agrícolas exigió una producción constante, a gran escala, que no podía darse en el medio limitado de manglares que distingue el entorno del centro. La infraestructura descubierta en la Laguna señala que la producción se debió dar en los territorios saneados para este efecto; donde según la evidencia descubierta, residió el grupo campesino que trabajó y cosechó la tierra. En la discusión de estos hechos entra forzosamente una serie de preguntas sobre la organización social que generó la realización de estas obras: La comprensión del fenómeno requiere indagar ciertos aspectos como: ¿desde cuándo se inician los esfuerzos por sanear y preparar los terrenos de cultivo?; ¿quién orientó o dirigió la realización de estos trabajos?; ¿fue este trabajo de orden individual, comunal, o implicó un esfuerzo mancomunado de orden regional? Todas las inquietudes apuntan a la incógnita central: ¿Existió o no una autoridad central que planificó y dirigió la ejecución de las obras de infraestructura, y que en último término decidió el destino de la producción?

La naturaleza del poder

En el trasfondo de esta cuestión impera la sombra de la naturaleza política de quienes oficiaban en el asentamiento mayor de la región: el centro cívico La Tolita. Desde hace años se habla de la existencia de un cacicazgo importante asentado en la costa norte de Esmeraldas (Uhle, 1927; Ferdon y Corbett, 1941; Arauz, 1946; Alcina, 1979; Valdez, 1986, 1987, 1989, 1992, 1997; Adoun y Valdez, 1989; Bouchard y Usselman, 2003). Pero, como bien lo señala DeBoer (1996), el cacicazgo es una deducción necesaria más que una inferencia sustentada en datos relevantes. La mayoría de los autores citados sostienen que la homogeneidad que se observa en la cultura material Tolita-Tumaco, que se extiende sobre más de 500 km del litoral Pacífico ecuatorial (desde la ciudad de Esmeraldas hasta Buenaventura en Colombia), debe ser el fruto de algún tipo de autoridad que debió tener su sede en uno o en varios centros de poder. Corolario a este argumento es la difusión que tienen ciertos productos de esta cultura (en especial la orfebrería —que llega hasta el valle de Frías en el norte del Perú— o la cerámica que se introduce hasta los valles interandinos adyacentes a Otavalo o Quito). Se sostiene que la monumentalidad que existió en el sitio La Tolita (y que hoy ya casi ha desaparecido por la voraz destrucción causada por las excavaciones clandestinas) y en otros sitios importantes del área cultural Tolita-Tumaco, debió ser el reflejo del mando real que mantuvo durante unos 500 años un cacicazgo autoritario. En estos términos, se deduce que autoridad es la capacidad de influenciar ideológicamente la población asentada sobre un área geográfica importante. El poder, en cambio se manifiesta en la posibilidad de aglutinar una fuerza de trabajo no especializada apreciable y de mantener a su servicio una gama importante de artesanos especializados en producir objetos suntuarios, destinados al intercambio y al uso en los ritos funerarios que se ejercían en la isla.

No obstante, para indagar si en realidad existió un cacicazgo prominente hay que efectuar una revisión de la dinámica interna/externa que se hace aparente en la cultura material evidenciada dentro y fuera del centro ceremonial. De hecho, hay que comenzar con un análisis de la evidencia que caracteriza al centro más importante de esta antigua sociedad y contrastarla con la evidencia procedente de otros asentamientos. En este proceso se puede identificar la supuesta jerarquía que existe entre los sitios de esta época. En La Tolita se ha podido constatar la presencia de más de 40 construcciones monumentales de tierra (tolas) organizadas sobre un espacio que abarca alrededor de un kilómetro cuadrado (Uhle, 1927; Ferdon y

Corbett, 1941; Valdez, 1986 y 1987). En el interior de este perímetro se han encontrado literalmente miles de entierros humanos dotados de ricos ajuares funerarios. Entre las ofrendas destacan muestras de una delicada orfebrería, de una variada alfarería y esculturas en piedra, hueso y madera. Es lamentable que el clima tropical no ha permitido la conservación de los textiles y de otros objetos realizados en materias orgánicas que debieron ser igualmente obras de artesanía excelsa. Aparte de las evidencias funerarias, el subsuelo del centro contiene una abundante cantidad de contextos arqueológicos que denotan una intensa actividad humana. Entre otros vestigios se destacan los restos alimenticios de todo género, los desechos cerámicos y líticos de actividades cotidianas tales como el almacenaje, la transformación y el servicio de productos sólidos y líquidos. Otro elemento importante es la evidencia de una intensa actividad ritual o ceremonial que se expresa en la presencia de plataformas elevadas donde se han acumulado desechos de actividades específicas que incluían el uso constante de figurillas diversas de cerámica, instrumentos musicales (flautas, ocarinas y silbatos, tambores y litófonos, etc.), y de adornos personales, en distintas materias primas, que se han integrado al subsuelo de la superficie habitada (cerámica; metales; piedras preciosas y semipreciosas, conchas, madera y granos vegetales). La presencia masiva de estos artefactos se complementa con un desmesurado número de fragmentos de recipientes cerámicos (de presentación y servicio) muy adornados que se acumulan en todos los sectores del antiguo poblado (Valdez, 1986, 1987, 1989, 1992). Estos depósitos son una clara evidencia de los festines ritualizados que se daban cíclicamente en el centro La Tolita.

Paralelamente al centro mayor ubicado en la isla epónima, se han detectado varios centros menores en la periferia aledaña al santuario mayor. Sitios como Las Palmas, Aguas Negras, Las Delicias y otros, se caracterizan por tener montículos artificiales ordenados en torno a una plaza central, desgraciadamente muy poco se puede decir sobre las actividades que allí se realizaron, pues todos han sido ya destruidos por la huaquería despiadada de los últimos 40 años. Lo que es innegable es la pertenencia cultural Tolita de todos los vestigios que allí aparecen regados entre los escombros. En las cabeceras de los ríos Santiago y Cayapas se ha identificado igualmente una serie de sitios pertenecientes a la fase Selva Alegre que comparen las características de los centros menores (DeBoer, 1996: 82-92).

Para complementar la lista de sitios de diversas jerarquías regados en la periferia del centro mayor, se añade hoy el conjunto de asentamientos comunes de la cultura Tolita detectados en la Laguna. En estos últimos, no hay evidencia de un centro de poder propiamente dicho, pues no hay construcciones de tipo monumental organizadas en torno a plazas o que se destaquen por la riqueza específica de sus contextos. Si bien hay un cierto número de tolas, el resto de los contextos son aparentemente de tipo doméstico, con restos cerámicos principalmente utilitarios, adornados en un estilo típico Tolita, pero menos elaborado. Los depósitos sondeados incluyen entierros simples (adultos y niños), desprovistos de ajuares relevantes. La evidencia de la cultura material en la Laguna habla de una población mayoritariamente campesina que comparte los cánones estilísticos generales del centro, pero que no muestran ni la opulencia, ni el acento jerárquico que tienen los vestigios en la isla. La diferenciación de los contextos es clara y bastante completa, gracias a que la región de la Laguna no ha sido mayormente afectada por la huaquería.

La jerarquía de sitios parece entonces bien establecida, pero ¿cómo identificar a la naturaleza del poder político que residió en los centros? En su discusión de la autoridad central en la sociedad La Tolita, Warren DeBoer adopta una serie de preguntas, formulada originalmente por Paul Welch para el examen de los cacicazgos de los *moundbuilders* de la cuenca del Mississippi (1991: 20-21, citado en DeBoer, 1996: 204-207). DeBoer estima que al plantear estos cuestionamientos para el centro La Tolita no se obtienen respuestas concluyentes y arguye que resulta ilusorio pretender obtener la información requerida para un sitio tan destruido y del que aún se desconoce tanta información básica (DeBoer, 1996: 207). A la luz de los nuevos descubrimientos y a pesar de lo limitada que siempre resultará la evidencia para resolver todas las incógnitas deseadas, la nueva evidencia permite retomar las incógnitas de Welch y contrastarlas con los datos de la Laguna que complementan la imagen que se tenía de la sociedad Tolita.

Hoy se sabe que en la región de manglares, que caracterizó al medio natural inmediato de la cultura Tolita-Tumaco, los poblados tenían condiciones agrícolas limitadas y por ello, dependiendo de sus respectivas poblaciones residentes, no todos eran autosuficientes en la producción de alimentos u de otros bienes de origen vegetal. La nueva evidencia sugiere que en la Laguna se dio una especialización en la producción agrícola que resultó ser complementaria al surgimiento del centro ceremonial. De esta manera se creó un equilibrio con la redistribución de los bienes que no se producen en las zonas más limitadas. Ante las demandas de una población creciente, la necesidad lleva a establecer zonas de producción que abastecen a las zonas que no llegan a ser auto-sustentables. Sin embargo, en el territorio de la Laguna no se han encontrado aún evidencias de un sitio preponderante que pueda ser considerado como un centro cívico que haya captado a la población y a los productos del área. Por ello se puede suponer que en la Laguna no hubo una organización formal, que asuma la redistribución de la producción. Parece más probable que cada grupo productor -seguramente doméstico- se encargaba de llevar su producción a un centro mayor de comercio donde podían acudir los grupos interesados, llevando otros productos para intercambiar y suplir así sus necesidades. El centro se pudo convertir de esta manera en el punto focal de la región donde se realizaban distintos tipos de actividades de orden social. La evidencia regional apunta a que este centro fue el yacimiento hoy conocido como La Tolita. La importancia de sus instalaciones, su relativa cercanía y el acceso fácil por vía fluvial o marítima le convierten en el candidato más probable para ser el punto de acopio y de redistribución de productos diversos.

En zonas arqueológicas que han sido devastadas por buscadores de tesoros durante varios siglos, los contextos primarios serán siempre muy limitados para dar evidencias irrefutables de una realidad social concreta. Si se añade a esto la falta absoluta de referencias de cronistas tempranos para la zona en cuestión, las fuentes de hipótesis sobre la organización interna de esta sociedad siempre dependerán de los modelos teóricos que se puedan formular sobre la base de la evidencia existente. El cúmulo de evidencias presentadas abogan por la presencia de una jefatura regional, donde el o los caiques locales tenían funciones bien definidas que se discutirán más adelante. En estas circunstancias, el cuestionario de Welch que replantea DeBoer para La Tolita se puede discutir con mayor propiedad:

1. Existiendo una especialización en la producción de bienes económicos. ¿Cómo se da la redistribución? ¿Quién interviene? ¿Son los mismos productores/consumidores quienes se encargan de desplazar los productos, o es la distribución ejecutada desde un poder central?

Hablar de un poder centralizado no es cosa fácil en un centro ceremonial saqueado, pero la evidencia indirecta que se aprecia en los contextos alterados son una pauta para postular el modelo. La enorme cantidad de residuos de pesca, recolección de mariscos y cacería de mamíferos que abundan en los contextos demuestra que los productos básicos del medio llegaban en forma regular y en abundancia. La evidencia de macro restos demuestra que productos agrícolas como el maíz, fréjol y calabazas se consumían desde las primeras ocupaciones del poblado (Valdez, 1987). Los análisis de isótopos estables de carbón y nitrógeno realizados por Douglas Ubelaker en restos óseos del centro ceremonial demostraron que el maíz fue la planta del tipo C_4 que fue consumida en La Tolita, pero que en general hubo una preferencia por alimentos marinos en la dieta de esta población (1997: 47-49).

Elementos que se utilizaron en el procesamiento y consumo de alimentos, líquidos y sólidos, se encuentran regados en todos los sectores del sitio La Tolita. La variedad de artesanías de alta calidad (alfarería, artes lapidarias, orfebrería, etc.) que caracterizan a los depósitos funerarios y residenciales del centro son prueba de que estas se realizaban por especialistas en la manufactura de bienes de prestigio. De hecho, la diferenciación de actividades que se evidencia en los contextos domésticos y ceremoniales del centro sugiere que no todos los habitantes de La Tolita se dedicaron a las mismas tareas. La diferenciación ocupacional es el primer rasgo que marca una organización interna, donde las diferencias entre pares llevan a la desigualdad y con el tiempo puede convertirse en el origen de una jerarquía.

No se puede saber a ciencia cierta quien ejecutó la redistribución material, el tráfico o el intercambio de los distintos productos de la sociedad Tolita. Arqueológicamente no se han podido aún definir los elementos diagnósticos que ayuden a identificar el proceso de distribución, a corto o a largo alcance. La presencia directa e indirecta de considerables cantidades de alimentos procesados en el centro, así como los objetos Tolita que aparecen en zonas distantes de su área de influencia son la evidencia de que los productos llegan y salen al y del centro. Dada la facilidad de transporte que brindan los canales, esteros y ríos en el delta del Santiago-Cayapas, no es difícil pensar que la movilización material se dio sin mayor inconveniente, probablemente a nivel del productor individual, o de comerciantes especializados que recorrían la región.

2. Hay movilización de bienes de subsistencia para alimentar a las elites residentes en el centro?

Si se asume que el potencial agrícola en La Tolita es limitado y que en el funcionamiento del centro hay además grandes necesidades de productos de origen agrícola, se debe pensar que hubo necesariamente una movilización continua de este tipo de bienes hacia la isla. La evidencia descrita para los campos de cultivo en La Laguna sugiere que el territorio aledaño al centro fue el foco principal de la producción. El problema es determinar si hubo una elite administrativa que se encargaba de coercer (de alguna manera) a la población circundante a producir y a movilizar sus frutos. Nuevamente el problema arqueológico es difícil de resolver, pues se puede llegar a establecer que existió una elite que ejerció funciones ceremoniales en el centro, pero no se puede llegar a calificarla de administrativa y peor aún de ser la responsable directa de la movilización de los bienes hacia el centro.

3. ¿Hay especialización en la producción de artesanías y ¿cómo son estas distribuidas?

La calidad de los objetos en metal y la alfarería no reflejan actividades inexpertas y de hecho requieren de una especialización para alcanzar la maestría de los objetos Tolita. La inmensa cantidad de residuos de oro trabajado, así como de instrumentos líticos y cerámicos (crisoles, pequeños yunques y machacadores en piedras duras, leznas y pulidores angulados) encontrados en diversos sectores y contextos del yacimiento, hablan de la presencia de artesanos residentes. La presencia de orfebrería fina en sólo un tipo específico de contextos (ofrendas rituales o funerarias) habla de la concentración de estos bienes en pocas manos. Su distribución interna y externa parece ser de hecho restringida.

4. ¿Son los modos de producción y distribución de bienes de prestigio diferentes a los de los bienes utilitarios?

No se sabe a ciencia cierta, pero parece evidente que en los bienes de prestigio los modos de producción son especializados y su distribución es limitada. De hecho, la gran mayoría de estos bienes se encuentran localizados casi exclusivamente en el centro mayor, y en algún centro secundario. Los bienes utilitarios aparecen en cambio en todos los contextos arqueológicos del centro y de los territorios periféricos, pero son la característica principal de los sitios de la Laguna.

5. ¿Cómo entran los bienes al cacicazgo? y ¿cómo son estos redistribuidos?

La respuesta es igualmente desconocida: el trueque ocasional entre parientes y socios distantes, el comercio formal a corta y larga distancia, el acceso a esferas de interacción con sociedades pares son mecanismos usuales en las sociedades precolombinas de esta época; sin embargo no se las puede aún definir específicamente en los contextos estudiados. Las materias primas y los bienes elaborados en regiones distantes están bien representados en los contextos del centro y de la periferia. Se ha visto que la obsidiana no es la única materia estratégica que abrió su camino desde la cordillera andina; piedras preciosas y semipreciosas como la esmeralda, los cuarzos, la turquesa, la amazonita o el lapislázuli se integraron paulatinamente al caudal de los bienes suntuarios que diferencian a las poblaciones. No hay evidencias directas de cómo entran o se distribuyen, pero su presencia es un testimonio de que existió un sistema de acopio y de intercambio. Quién lo controló, es algo que no está claro, pero parece evidente que en su manejo intervino la elite, que es para quien los productos estuvieron destinados. La presencia de obsidiana, una materia utilitaria que puede ser suntuaria al mismo tiempo, está bien documentada en los contextos de la Laguna, no así las otras

piedras que estarían casi exclusivamente relegadas al centro y a los adornos que acompañan a la elite. Inclusive, el oro que es una materia de prestigio, de fácil obtención en el medio, está mayoritariamente concentrada en esta época en el centro mayor. Se conocen adornos metálicos que han salido de contextos de la Laguna, pero no son usuales. Esto es un contraste apreciable con lo que aconteció en la etapa precedente, en la que se pudo evidenciar del uso de adornos de metal hasta en un simple basural doméstico.

La pregunta fundamental que uno se hace al final de la revisión del cuestionario de Welch es: ¿Cuál fue la verdadera naturaleza de la elite?

La evidencia funeraria habla de personajes dotados de riqueza material, con atributos de poder, a menudo con elementos vinculados al culto. Las representaciones en cerámica de estos individuos los muestran con elementos estandarizados que sugieren estatus y probablemente diferenciación jerárquica. Entre los principales están los tocados o cofias complicadas, a menudo con formas compuestas entre lo geométrico y lo zoomorfo; grandes orejeras; adornos faciales: clavos, narigueras y bezotes o tembetas; collares y pendientes; grandes pectorales; pezoneras; cinturones abultados y faldetas festonadas. Los atuendos sugieren acceso a materias primas no comunes, a prendas textiles trabajadas por especialistas y a elementos simbólicos referentes a mitos o creencias sobrenaturales. Los atributos de estatus se complementan a veces con cetros o bastones, cabezas trofeo, y muy a menudo con elementos ligados al consumo de narcóticos y estimulantes como la coca (espátulas y cajas de llipta –poporos-). La representación de shamanes y/o sacerdotes parece ser la dominante, así como la de oficiantes rituales de menor grado –danzantes, músicos y eventualmente guerreros- que portan igualmente atuendos de categoría no común. Todos estos personajes tienen una relación directa con las fuerzas propiciatorias de la vida, la fertilidad, la muerte y el paso a la esfera del mundo espiritual (Stoohert, 2003: 393-94). La elite que se perfila en las figurillas corresponde más a dirigentes del espíritu que a jefes guerreros o administrativos. Los señores políticos (caciques) propiamente dichos no se resaltan como tales, aunque estos podrían ciertamente haberse confundido con los conductores del ritual. En un centro ceremonial, el oficiante principal suele ser también el personaje de mayor jerarquía social, él es a la vez el intermediario entre la comunidad y las fuerzas sobrenaturales o la representación misma de estas energías.

En definitiva, las elites están presentes, pero ¿son estas verdaderamente administrativas o autoritarias en el sentido literal de la palabra? La discusión de los contextos del centro y de los territorios periféricos contrasta bien el carácter de los mismos y da a estas preguntas otra dimensión, en la que se percibe la presencia de una elite que ejercía autoridad en muchos campos de la vida social, en especial en las actividades relacionadas con lo ceremonial que se ejecutaban en el centro La Tolita. Dado su prestigio social, las elites fueron públicamente reconocidas, y por ello parecería que ya fueron institucionalizadas en la región. En la zona periférica su influencia aparece bien asentada, los contextos sondeados en el territorio de la Laguna muestran una clara filiación cultural Tolita, con un sinnúmero de elementos iconográficos que muestran una clara participación a la ideología que irradiaba desde el centro. En algunas zonas firmes asociadas a los canales de drenaje, se han encontrado fragmentos de figuras representando a los personajes principales, estereotipados en cerámica. No obstante, no se percibe en ellos una fuerza coercitiva que se imponga políticamente sobre estos territorios. La evidencia de los contextos explorados refleja más una autoridad moral que una autoridad político-económica. Empero sus alcances sociales fueron, al parecer, capaces de atraer y organizar a un número importante de la población en torno a sus necesidades materiales y simbólicas. En el territorio de la Laguna sus acciones no parecen haberse plasmado en la arquitectura formal de estatus, pero su influencia pudo haberse materializado en el acopio de los productos que se producían en los pantanos saneados. Así su influencia pudo haber fomentado la ejecución paulatina de la infraestructura de drenajes.

En el intento de identificar las características supuestas de un cacicazgo o, señorío político, se han analizado factores como el autoritarismo que se refleja en jefes y en jerarquías administrativas, elites que no

se ocupan de las tareas de subsistencia, bienes de prestigio de uso restrictivo de las elites, especialización en las artesanías, arquitectura formal e infraestructura que denota la categoría cívica de los asentamientos, rangos en los asentamientos, diversificación de actividades económicas, etc. Si bien se han identificado todos estos rasgos en el área cultural Tolita-Tumaco, la verdad es que con ello no se logra aún caracterizar la naturaleza del poder que sustentan las elites. De hecho hay que revisar en detalle estos rasgos culturales a la luz de la teoría de la jerarquía social.

Hay que concordar con DeBoer al reconocer que la evidencia de las elites descritas para La Tolita da sustento a la tesis de Mary Helms (1979, 1992, 1993). Esta autora ha propuesto que el poder se fundamenta en el acceso al conocimiento, sobre todo a aquél que sale fuera del ámbito natural. Aparentemente, el conocimiento y la práctica esotérica fue una vía al poder que era socialmente aceptada por la colectividad y que tuvo una significación particular en las sociedades precolombinas. Su sustento radicó en la capacidad de mantener el equilibrio y el bienestar social a través del manejo de las fuerzas de la naturaleza que podrían amenazar o cambiar el curso del quehacer cotidiano. El prestigio social se ganaba con la eficacia en las actividades relacionadas con el control de las fuerzas negativas que amenazan la salud, al bienestar social, al éxito en la caza, en la pesca o en la producción agrícola. En la comunidad, la intervención de estos especialistas era tanto o más importante que dirigir la producción o la redistribución de alimentos. Estos personajes accedían paulatinamente al poder y se revestían de los signos externos de él. En el modelo de Helms los bienes exóticos son signos de prestigio que por su origen foráneo y por la calidad de su trabajo son asociados a la divinidad. Cuando el shaman los detenta generan poder y sus virtudes le dotan a éste de una autoridad superior. Los bienes especiales se convierten en sus símbolos y en su parafernalia.

Las funciones y los atributos de la energía que manejan los diferencian, a simple vista, del común de sus congéneres. Su presencia fue decisiva en el mantenimiento del equilibrio social.

Helms sostiene que estos personajes se individualizaban manteniendo distancias físicas con el resto de la comunidad. Sostiene que las diferencias que alejan a los hombres entre sí, son de orden horizontal y vertical, expresándose en el campo simbólico. Según su tesis el poder se acentúa cuando proviene de los ámbitos lejanos, tanto en el tiempo como en el espacio (1992: 320). La sabiduría esotérica es un conocimiento ancestral que se trasmite entre especialistas que se preparan en sus funciones, aislándose de la comunidad y reintegrándose a ella cuando han adquirido el poder necesario para intervenir en beneficio de la colectividad. Los shamanes buscan y obtienen el poder social creando puntos focales desde donde ejercen su actividad. Paulatinamente se crean así los centros ceremoniales donde manejan visualmente a las fuerzas del cosmos. En este esquema, el poder reside en la capacidad de atraer seguidores convencidos que se integran a la ideología que se genera desde el centro. Los centros eran vistos como lugares donde el shaman adquiere y refuerza su potestad. Por ello, un shaman debía desplazarse en el espacio, de un centro a otro, para transitar de manera horizontal la fuerza y los símbolos de la ideología política que lo caracterizan. Helms afirma que la autoridad de un shaman reside en poder vincular geográficamente a pueblos distantes entre sí, con sus ancestros y espíritus (Helms, 1992: 191-192). Él acorta las distancias físicas entre lo humano y lo sobrenatural. En este proceso es probable que un centro se haya destacado sobre los demás, convirtiéndose en el foco principal donde se da la conexión directa, vertical con lo divino y horizontal con la comunidad. Las actividades del shaman generan una ideología dominante que atrae a los pueblos para participar en lo divino e interactuar entre sí en lo social (Helms, 1993).

En el caso de La Tolita, los emblemas del poder parecen estar más a tono con el manejo de las fuerzas de la naturaleza que con el manejo político de los hombres. La evidencia temprana sugiere que los señores de la isla fueron inicialmente shamanes (intermediarios) poderosos, respetados y sostenidos en su centro de acción, por la población que dependía de su intermediación para vivir en armonía con la naturaleza. La especialización de funciones esotéricas hacia el manejo del ámbito sagrado pudo haber sido un paso más en la manifestación del poder. La instauración de una esfera sagrada, donde el rito se vuelve com-

plejo y lo ceremonial una práctica festiva, trasciende al conocimiento de unos pocos iniciados, para obligar a la participación comunitaria. Con lo sagrado se diferencian aún más las esferas cotidianas, de las no cotidianas. Su manejo fue la manifestación de la pertenencia a un rango que ejercía poder sobre la vida, la enfermedad y la muerte. La participación colectiva en una esfera superior, que rige el destino de los seres vivos, institucionaliza el papel del oficiante y lo eleva a un plano en que él puede interactuar con las fuerzas superiores como una materialización de la comunidad. El sacerdote se vuelve entonces en el prototipo del ser colectivo; el hombre idealizado cuya naturaleza profunda trasciende a lo divino. Por ello su representación estandarizada no requiere de más explicaciones, el sacerdote es ante las fuerzas cósmicas la comunidad de donde proviene.

En el ámbito sagrado se institucionalizan además las obligaciones que los hombres tienen hacia las fuerzas superiores (ritos, sacrificios y tributos) y con el oficiante se crea una materialización humana de su autoridad y de su mando. El sacerdote como ser ambivalente, es un nuevo intermediario, que con el tiempo se puede llegar a convertir en la personificación del ser supremo. Sin embargo, este no parece ser el caso en La Tolita, donde hasta ahora no se puede hablar de deidades propiamente dichas. La autoridad que ejerce el sacerdote dentro de la comunidad le da el poder de convocar a una práctica colectiva donde se dispone ritualmente de la vida y de la muerte, de hombres, animales y de plantas. El sacrificio por decapitación fue una práctica usual en La Tolita. Hay numerosas representaciones cerámicas de tales actos, en las que un personaje, ricamente ataviado, somete a un segundo por la espalda y lo degüella con una lámina fina. La víctima tiene los rasgos estilísticos y el atuendo usual de los hombres de esta misma sociedad, por lo que se puede asumir que era un miembro de la comunidad. Iguales atributos suelen tener las representaciones de cabezas trofeo, que son un tema corriente en la iconografía Tolita. Las excavaciones de varios contextos funerarios realizadas por el Proyecto La Tolita (Valdez, 1987) pusieron en evidencia tales actos. Los estudios de antropología física realizados por Douglas Ubelaker en las colecciones óseas rescatadas confirmaron esta práctica, revelando la presencia de huellas finas de corte en algunas vértebras cervicales de individuos de sexo femenino; otros cráneos y mandíbulas masculinas, separadas voluntariamente del cuerpo, no revelaron huellas de corte (Ubelaker, 1997:24 y 35). La muerte ritual subraya el poder del oficiante y de alguna manera afirma la autoridad coercitiva que es aceptada por la comunidad. En el mismo plano pudiera situarse quizás una serie de representaciones eróticas en las que el personaje que copula está revestido igualmente de símbolos comunitarios de estatus y por ello podría ser la manifestación del poder que genera la fertilidad colectiva. La dualidad vida/muerte se ve entonces representada y ejecutada en ritos propiciatorios colectivos.

Empero, aunque el sacerdote y sus asistentes aparecen como los especialistas en el desempeño de nuevas tareas ineludibles y cuentan con un prestigio socialmente reconocido, no son necesariamente aún la materialización de un jefe, de tipo político-económico, admitido por todos. La evolución del rol del shaman hacia el sacerdote no es unilineal pero debió haberse iniciado en la época de las sociedades agrícolas (Stoehert, 2003: 360-61). El shaman está ya presente en las fases Las Vegas, Valdivia, Machalilla y Chorrera, pero su calidad de cacique oficiante pudo haberse consolidado con la aparición de los centros ceremoniales de carácter regional, como La Tolita. Sin embargo, en la antigua cosmología americana parece que la unión entre la ideología política y la religiosa fue frecuente. El poder político y económico se sustentaban en la fuerza espiritual del shaman (Helms, 1993).

Desde épocas tempranas, el shamanismo fue una manifestación corriente de la diferenciación y de la especialización de tareas. El conocimiento esotérico y el manejo del rito colectivo fueron los mecanismos de poder que paulatinamente pudieron haber permitido al jefe oficiante a ejercer coerción sobre la población. Pero el shamanismo de por sí no suele manifestarse como un poder socio-político definido. El salto hacia el cacicazgo se dio quizás cuando la función del shaman se institucionalizó y éste adquirió la jerarquía de oficiante sagrado, reconocido por la comunidad amplia. El shaman sacerdote deja de ser un simple inter-

mediario entre las fuerzas cósmicas y el mundo visible; se convierte en la fuerza tangible de los poderes esotéricos que maneja. Al oficiarse en el centro ceremonial, el escenario se convierte en el asiento de poder. Las jerarquías que se anotan en los centros mayores y menores pueden ser ya una manifestación de una elite que se emana desde el poder central. A la luz de la evidencia regional recolectada en el campo, este podría ser el caso en La Tolita. En el que la infraestructura agrícola que se ha descubierto en la Laguna pudo haber dado el sustento económico necesario para mantener al centro principal como el foco de atracción y de redistribución de todo tipo de bienes. En este esquema la producción de excedentes daría además el soporte necesario para que el ritual festivo sea un derroche visible de poder y de bienestar comunal.

Conclusiones

La discusión de estos temas ha sido necesaria para buscar un sustento a la hipótesis de trabajo según la cual pudo haber habido un sustento ideológico en la construcción y manejo de la infraestructura agrícola existente. Cacicazgo, comprobado o no, la infraestructura habla de una organización en el manejo del espacio, del agua y de los recursos vegetales que se producen. No obstante, la discusión de la articulación del trabajo y de la gerencia de los productos generados tiene necesariamente relación con la escala de la producción que se maneja. Para hacer cálculos realistas del potencial de rendimientos que se pueden generar en los territorios saneados, hay que partir de ciertos supuestos que no son fácilmente deducidos de la evidencia material recolectada. En la etapa precedente se pudo constatar que la extensión de la mayoría de los asentamientos sondeados no era mayor de unos 400 m², mientras que en la etapa de las evidencias Tolita, el territorio saneado es mucho más amplio. Empero se debe reconocer que no todo el material que aparece en los suelos saneados fue contemporáneo; hay elementos de las subfases Tolita Clásica y Tardía desperdigados en los mismos sectores, siendo posible que no todo el terreno estuvo produciendo a la misma escala en cada una de las subfases. Aunque las ocupaciones de la etapa se caracterizan como Tolita, los casi 1000 años que ésta dura en la Laguna debieron conocer distintos grados de avance en los procesos de saneamiento y de producción. Hoy se observa el resultado final de un período prolongado de transformación del espacio, en el que muchos trabajos se dieron en épocas posteriores al 400 AD, fecha en que el centro ceremonial había sido ya abandonado. Suponer que la totalidad de la infraestructura que hoy se observa fue hecha bajo la tutela de la elite residente en el centro La Tolita es, por decir los menos, ingenuo. El proceso de saneamiento se dio antes y después del surgimiento del centro, la extensión total del territorio transformado no puede ser imputado a esta sola fuerza ideológica organizativa. La utilización de la infraestructura agrícola se da, en primer termino, en función de las necesidades de la población residente. La producción puede estar (o no) ligada a las exigencias del centro, pero su función primordial es proveer de alimentos a los productores y a su entrono inmediato. La extensión de la parcelas saneadas de cultivo se presta para la producción de excedentes, pero tampoco se puede saber si de hecho se cultivó todo el territorio antropizado con esta finalidad.

En la formulación de modelos estadísticos, a menudo se toma en cuenta el potencial de producción máximo y se asume que la lógica antigua fue igual a la presente, en la que siempre se busca un rendimiento óptimo con un mínimo de inversión laboral. Empero, hay dos factores decisivos que deben entrar en los cálculos de producción, estos son *el contexto de la producción y el destino de la misma*. No es lo mismo analizar la producción de toneladas métricas de granos, destinadas a la venta o al intercambio en una economía de mercado, que manejar las cosechas que una serie de familias ampliadas recogen y redistribuyen a lo largo del ciclo agrícola. La extensión del territorio saneado puede ser la misma, pero no así la escala de producción que se requiere para cada caso. No es fácil calcular la escala real de producción durante un lapso específico, pero en todos los casos se puede suponer que la inversión de tiempo, aparente en la infraestructura, debió tener una recompensa significativa en el volumen de las cosechas anuales. La densidad de po-

blación, que refleja el patrón de asentamientos seminucleado y disperso en la Laguna, hace pensar que las necesidades físicas del grupo estuvieron ampliamente cubiertas con los rendimientos mínimos posibles en la infraestructura agrícola evidenciada. Por lo que la producción de excedentes parece haber sido una consecuencia lógica del sistema.

La evidencia reciente sugiere que hubo una producción intensiva, pero no se distinguen los mecanismos de una administración centralizada. Si bien hay evidencias de una población heterogénea asentada en un mismo territorio (presencia de gente común y gente de estatus inferida por los restos de cultura material diferenciados por densidad y calidad de objetos) se puede pensar que las diferencias obedecen a una dinámica interna que no se reporta necesariamente al centro ceremonial, como asiento de poder. Es posible que uno o varios potentados hayan residido en las zonas de producción, pero en el estado actual de la investigación ¿cómo comprobar su nexo administrativo con el centro? Si toda la elite (interna y externa) comparte los mismos rasgos de cultura material en un amplísimo territorio, ¿cómo identificar a los oficiales administrativos que representan al posible poder central? La filiación cultural de los habitantes es clara, pero llegar a establecer una jerarquía administrativa resulta difícil, o imposible.

En todo caso, hay que subrayar el hecho de que se puede comprobar la desigualdad entre los residentes de la Laguna, aun en los contextos habitacionales fechados con posterioridad al decaimiento del centro ceremonial (400 A.D.). Lo que demuestra que los personajes potentados de este territorio siguieron aprovechando la producción agrícola para su beneficio. La presencia de personas de diferente estatus en el territorio de la Laguna se mantuvo durante unos 400 años luego del fin del centro, sin que por eso se pueda inferir que una autoridad civil se haya mantenido en el ámbito regional. Por otro lado, la diferenciación social de los habitantes en un territorio amplio donde hay una fuerte producción agrícola puede ser normal, pues el acceso a los beneficios de la producción de excedentes nunca debió ser generalizado. Luego del desplome de la elite del centro, la producción y la acumulación de recursos se redistribuyó entre los pobladores más hábiles y esto incluyó un reparto de los bienes de prestigio que servían para diferenciar a los habitantes.

La etapa que sigue al decaimiento de la sociedad Tolita es probablemente la que conoce la mayor cantidad de innovaciones en todo el territorio. La evidencia identificada para esta época parece contradecir los argumentos dados para la existencia de una autoridad reconocida que impulsa la realización de trabajos de infraestructura y que de alguna manera atrae la producción hacia un centro de consumo y redistribución regional. Sin la evidencia de un grupo de poder particular, la Laguna conoce entre el 900 y el 1.300 A.D. un verdadero auge poblacional. Los contextos de esta etapa abundan en todas las zonas anteriormente ocupadas, pero además surgen nuevos asentamientos en las regiones marginales, donde los humedales habían permanecido hasta ahora intactos. La construcción de verdaderos conjuntos de camellones, con canales de drenaje bien planificados se generaliza en muchos sectores antes no saneados. Las extensiones son variables, pero en algunos sectores los conjuntos abarcan más de veinte hectáreas. La naturaleza de los contextos arqueológicos en la zona de camellones es muy pobre en desechos de cultura material, pero todos pertenecen a la última época de ocupación. Las áreas habitacionales, situadas por lo general en zonas altas y bien drenadas, contienen desechos utilitarios de apariencia burda y monótona, sin los rasgos distintivos de la fase Tolita. Las nuevas manifestaciones comparten los rasgos diagnósticos de varias fases post Tolita: Herradura y Guadual definidas en las cabeceras del sistema Santiago-Cayapas (DeBoer, 1996:106-129), El Morro y Bucheli de Tumaco (Bouchard, 1984) y, de Buena Vista en la cuenca del Patía (Patiño, 1993). Esto demuestra que la región tiene ahora una ocupación que ha roto con la antigua tradición cultural, pero que mantiene la infraestructura agrícola y la innova en las antiguas zonas marginales.

Al igual que en las cuencas de los ríos Cayapas y Santiago, en esta etapa se anota un número de asentamientos superior a las dos fases anteriores, lo que sugiere que hubo un crecimiento poblacional que obligo a una mayor dispersión de los poblados. Sin embargo, el tamaño de los mismos no crece significativa-

mente con relación a la etapa Tolita. Se evidencia una vida aldeana-agrícola, con el aprovechamiento de las zonas inundadas para levantar nuevos conjuntos de campos elevados. Contrariamente al ímpetu unificador cultural que se anotó en la etapa precedente, el modo de vida que se generaliza es de un marcado individualismo y aislamiento. Esto se refleja en una acentuada pobreza en todas las manifestaciones culturales. El cambio es tan brusco que tanto Bouchard como DeBoer y Patiño abogan por la intrusión de una población distinta. Se diría que hay un marcado repliegue hacia en interior de cada una de sus regiones específicas y que sus manifestaciones culturales son estrictamente locales.

En la cultura material cerámica se evidencian algunos rasgos elementales compartidos, que más tienen de una simple adopción de modas fáciles que de la especificidad creativa de algún grupo en particular. Los asentamientos dispersos, grandes o pequeños, viven en un estado autárquico. Los basureros explorados muestran que la pesca, la caza y la recolección de mariscos aseguran las proteínas animales y la agricultura las calorías de origen vegetal. En este contexto no se percibe la fuerza de un poder o de una autoridad particular, que esté dirigiendo a la población de una manera significativa. En el territorio de la Laguna aún no se han identificado evidencias de esta época que sugieran algún tipo particular de jerarquía social o política. Todos los asentamientos que se han registrado guardan una similitud en los vestigios de cultura material, en algunos se han identificado montículos artificiales, pero en muchos casos estos son estructuras reutilizadas (a veces ampliadas) que fueron construidas en la etapa anterior. En la cima de estas tolas no se observan vestigios de estructuras notables, o desechos materiales que hablen de una posición social significativa. No se han identificado entierros de esta etapa, por lo que no es aún posible diferenciar el estatus de los distintos habitantes por la calidad de sus ofrendas mortuorias, o de sus estructuras funerarias. Pero también es cierto que este tipo de datos tampoco ha sido reportado en los territorios antes mencionados, donde se han realizado estudios más detallados (Bouchard, 1984; Patiño, 1993 y DeBoer, 1996).

La infraestructura agrícola que se hereda, se mantiene y se innova, pero no hay evidencias que podrían sugerir la presencia de una autoridad que dirija los trabajos colectivos que se requieren para la ejecución y para el mantenimiento de estas obras. Las características de los nuevos trabajos que aparecen en esta etapa abogan por la falta de una planificación centralizada de las obras y sugiere que el esfuerzo tuvo más bien un carácter poco corporativo. La dispersión de los nuevos campos, sobre un territorio tan amplio, sin que haya una noción de unidad parcelaria definida, y con diferencias tipológicas marcadas hacen pensar que las obras se dan por iniciativa de grupos individuales (unidades domésticas simples o ampliadas) que ejecutan y mantienen sus campos, al margen de los otros grupos circundantes. La mayor parte del conjunto de camellones tiene extensiones relativamente cortas (1 a 3 ha en promedio), con superficies de cultivo en el camellón limitadas (2 –3 m de ancho por 7 a 10 m de largo) y zanjas de drenaje curvilíneas o rectas que se pierden en los desagüeros naturales del pantano. Extensiones tan reducidas sugieren grupos de trabajo relativamente pequeños con necesidades o expectativas de cosecha también reducidas. Es obvio que estos campos debieron tener cultivos muy específicos, pero la falta de análisis palinológicos impide, por ahora, la identificación de los productos y con ello una estimación real de las cosechas.

Cuando se considera la cantidad de conjuntos aislados de camellones que se construyen en esta etapa, se puede tener la impresión de que efectivamente se requirió de una gran cantidad de mano de obra, sujeta además a condiciones de trabajo difíciles y con pocos estímulos para el trabajo voluntario. La realización de tales trabajos debió ser mancomunada, pero no es muy probable que todas las obras se hayan ejecutado simultáneamente, en un solo esfuerzo. La última etapa de ocupación del la Laguna duró aproximadamente unos 600 años, con cambios casi imperceptibles al nivel de la cultura material, por lo que es casi imposible establecer una cronología fina de los asentamientos sin un estudio detallado de la secuencia. Como se ha dicho anteriormente, la evidencia Post Tolita sugiere una organización social más suelta, en la que la noción de cacicazgo se desvanece y sólo se percibe una cohesión grupal más afín a la que caracteriza al modelo de las sociedades segmentarias. No se detectan en la cultura material elementos diagnósticos de un

rango permanente, en particular, que predomine sobre los otros miembros de la sociedad; los asentamientos dispersos o agrupados tienen un marcado carácter agrícola; y la similitud que se aprecia en los rasgos estilísticos elementales sugiere lazos cercanos entre los miembros –probablemente de parentesco– de la región. Si es que hay metalurgia ésta no se hace notar en los desechos de los poblados, lo que desdice de una posible especialización particular en las tareas o artesanías más comunes. De los modelos etnográficos conocidos se podría pensar que esta etapa predominó la figura política del *Big Man* (jefe temporal) que acumulaba prestigio en función de sus habilidades y aparecía y desaparecía intempestivamente en el ámbito social. Siendo este el caso, la figura de una autoridad central parece descartarse como responsable del surgimiento de los nuevos sistemas de campos elevados.

El modo de producción parece estar fundamentado en la práctica de una agricultura familiar/aldeana, con pocos indicios de una vida comunitaria a escala regional. La evidencia recogida en las prospecciones revela una extensión de más de 2650 ha de camellones, pero sugiere una división parcelaria reducida, donde cada unidad doméstica tiene huertos, o conjuntos de huertos, en camellones dispersos sobre un área amplia. Los campos elevados no son necesariamente el resultado de trabajo intensivo, pues la dispersión y el aislamiento relativo de los conjuntos de camellones, sus tamaños y diseños irregulares y, en muchos casos, la falta de conexión entre ellos y las zonas pobladas sugieren que los trabajos de esta época se efectuaron paulatinamente por grupos diversos, aparentemente aislados entre sí.

En estos términos, la contradicción aparente antes aludida trae a colación el debate teórico que surgió en torno a la necesidad de una autoridad central para planificar, dirigir y mantener una infraestructura capaz de producir rendimientos agrícolas intensivos. La discusión del tema, en sus distintas modalidades, ha sido tratado en detalle por varios autores, entre los que se destacan en los Andes Kolata (1987, 1991); Moore (1988); Conrad y Demrest (1984); y Kus (1980) en un lado, y Denevan *et al.* (1987); Mitchell (1973, 1976 y 1977); Gelles (1990); Sherbondy (1987); y Erickson (1988 y 1993).

En este trabajo no se pretende retomar el debate ya que Erickson (1993) lo ha tratado ampliamente, pero sí se presentan las evidencias y los argumentos que abogan por la tesis de una autoría local e independiente. Los trabajos de infraestructura agrícola evidenciados durante la última etapa de ocupación prehispánica en La Laguna, tienen todas las características de haber sido construidos y mantenidos por pequeños grupos locales. La evidencia del crecimiento desordenado de los asentamientos sugiere que la presión demográfica obligó a ganar espacio productivo en las zonas, antes marginales, del pantano.

La irregularidad vista en los patrones del diseño estructural de los camellones hace pensar en la creatividad individual y en la experiencia previa que cada grupo pudo haber tenido en la construcción de drenajes y del manejo de los caudales de agua en cada sector trabajado. Por último, el tamaño irregular y a menudo pequeño de los bloques de camellones revelan que las necesidades de los distintos grupos que los crearon y lo utilizaron no eran ni iguales, ni excesivas. En definitiva, las unidades parcelarias que se manifiestan en los distintos grupos de camellones dispersos muestran un alto grado de individualidad en la planificación y en la ejecución de la infraestructura, y probablemente de una construcción paulatina y prolongada a lo largo del tiempo.

La evidencia encontrada parece responder parcialmente a la tesis de Boserup (1965) según la cual la presión ejercida por el crecimiento de población lleva a la adopción de nuevas técnicas agrícolas. No obstante, el problema se presenta a diferentes escalas en las formas intensivas de trabajo que se requieren para la ejecución y mantenimiento de la infraestructura agrícola. El tamaño de los bloques parcelarios no obliga a grandes aportes de trabajo y energía para su construcción. Un grupo relativamente pequeño de campesinos con métodos tradicionales puede sin un esfuerzo extraordinario llevar a cabo los trabajos en lapsos relativamente cortos. Si bien se trata de un modelo de agricultura intensiva, la producción de excedentes no parece ser en sí una finalidad obligatoria. En el medio donde se desarrolla esta sociedad, la agricultura en camellones es prácticamente la única forma racional de producir de manera estable y rentable. La alta densidad de población que se anota en los trabajos de campo es una realidad relativa, pues su dispersión sobre

un territorio cenagoso refleja más una estrategia adaptativa que el resultado de un crecimiento demográfico acelerado. Siendo este el caso, la noción de que pudieron haber existido elites administrativas encargadas de extraer una producción de excedentes agrícolas parece ser del todo descabellada. Como ya se ha dicho antes en esta etapa no se tiene aún vestigios de un posible centro de poder al cual estuvieron sujetas las posibles tierras periféricas.

En este sentido, el estudio de Robert Hunt (1988), sobre los sistemas canalizados de irrigación en varias comunidades campesinas contemporáneas es particularmente significativo. Hunt demuestra que en muchos casos el trabajo de planificación, ejecución y mantenimiento de sistemas de irrigación (de distintos tamaños) puede ser llevado a cabo por las comunidades campesinas, sin necesidad de la intervención de un poder jerárquico centralizado. En el caso de las comunidades mexicanas el sistema ejidatario funciona bien y es responsable de la irrigación de miles de hectáreas en ese país. El manejo del agua en las comunidades campesinas es casi siempre el trabajo de un equipo, de escala pequeña. A menudo el trabajo se organiza entre grupos de parientes, comenzando por la unidad doméstica, y la familia ampliada.

En la última etapa de ocupación de la Laguna la construcción de conjuntos de zanjas de drenaje y camellones de cultivo pudo también ejecutarse por grupos que se reunían a trabajar de tiempo en tiempo bajo los principios de colaboración y de reciprocidad mutua. En este contexto, los campos elevados no son necesariamente el resultado de trabajo intensivo o de la intervención de una autoridad que hace ejecutar las obras de drenaje para sacar provecho de los excedentes agrícolas.

Esta realidad ha sido igualmente demostrada por Clark Erickson (1988; y especialmente 1993) en el uso presente de los campos elevados de la región del lago Titicaca. Este autor ha estudiado en detalle los problemas teóricos y metodológicos que entran en juego en el análisis de la organización social imperante al momento de la construcción de la infraestructura agrícola y por ello plantea que en los Andes, los principios tradicionales de organización comunitaria habrían permitido la transformación progresiva del paisaje, sin la intervención necesaria de un poder central. Su tesis se basa en datos sacados de estudios históricos, etnográficos, arqueológicos y experimentación agrícola directa e indirecta. La conclusión de este autor es que "... pequeños grupos de campesinos, son capaces de crear un paisaje regional, ampliamente modificado a gran escala, en un lapso amplio de tiempo (1993: 402).

La evidencia que se ha detectado en la Laguna parece ser igualmente el caso, pues allí aparece una inmensa infraestructura asociada a los campos que incluye grandes canales, diques, reservorios, acueductos y calzadas. Es muy probable que no todo el sistema funcionó al mismo tiempo, ya que de hecho su construcción fue el fruto de cientos de generaciones que trabajaron poco a poco para construir todos los elementos que se van agregando con el tiempo al conjunto total. Erickson llama a estas transformaciones el CAPITAL PAISAJÍSTICO que crearon determinados grupos y que debería ser protegido como un patrimonio cultural de la humanidad (Erickson en este volumen). La constitución de este capital no se hace de la noche a la mañana, sino que es fruto de cientos o miles años de esfuerzos acumulados.

Por último, hay que discutir sobre cuales fueron los factores que llevaron al abandono de una infraestructura compleja y aparentemente tan productiva. La evidencia encontrada sugiere que muchos factores pudieron intervenir en el abandono paulatino del territorio y en el desuso de este sistema de agricultura intensiva. Las fechas radiocarbónicas que se han obtenido para el final de la secuencia ocupacional se ubican entre el 820 y el 1280 de la era cristiana (ver cuadro 1), con la particularidad de que estos niveles fueron sellados por una espesa tefra volcánica que ha sido fechada hacia el 810 A.P. (Dra. Patricia Mothes, comunicación personal, octubre 2002). Lo que implica que para fines de siglo XIII la zona había sido ya abandonada y el sistema de camellones prehispánicos olvidados hasta la actualidad. La diferencia entre las dos fechas revela que el despoblamiento no se hizo simultáneamente en todo el territorio. Determinadas porciones pueden haber sido abandonadas como parte de la dinámica interna de esta sociedad. El patrón de asentamientos dispersos refleja a menudo una alta movilidad de los grupos dentro de un territorio determinado. En una

zona pantanosa sujeta a precipitaciones constantes, es probable que se hayan producido inundaciones importantes que no pudieron ser evacuadas por sistemas de drenaje limitados. Una serie repetida de estos eventos pudo haber provocado el desalojo de muchos sectores, con la consecuente reforestación del territorio.

Otro factor posible fue una baja paulatina de la población en determinados sectores de la ciénega (guerras internas, enfermedades o migraciones) lo que llevó al desuso de varios bloques de camellones. Ante la reducción de los poblados, no hace falta una producción agrícola amplia y se da el abandono paulatino de las huertas aisladas que eran antes utilizadas.

La respuesta a la pregunta ¿por qué dejaron los campesinos un sistema de agricultura intensiva? Puede estar dada simplemente por que en un determinado momento ya no hubo la necesidad de producción de excedentes para sostener una población cada vez menos importante. Si bien el sistema es muy eficiente desde el punto de vista de los rendimientos, si no hay quien trabaje y mantenga el sistema, éste caerá forzosamente en desuso. El sistema deja de ser un modo de producción de excedentes y a medida en que disminuyen las demandas de una población decreciente, se convierte nuevamente en una técnica inteligente de subsistencia. La caída de una espesa capa de ceniza volcánica (de hasta unos 7 cm) cubre la región a inicios del siglo XIII y con ello sella los niveles de ocupación prehispánica en la Laguna. En la casi totalidad de este territorio no se encuentran vestigios culturales sobre la tefra, por lo que se puede pensar que no hubo una reocupación significativa de la región hasta las últimas décadas del siglo XX.

Desde la colonia han habido incursiones esporádicas a los pantanos pero ya no con una mentalidad productiva, sino más bien extractivista, las poblaciones nativas o afro-ecuatorianas que allí han habitado han practicado una economía basada en la pesca, la caza y la recolección. La agricultura ha sido una actividad marginal, que se ha reducido a las zonas altas próximas al caserío de La Tola. La Laguna y los vestigios estructurales de sus ocupaciones sucesivas han caído en el olvido y con ello han entrado en la leyenda.

Notas

- 1 Proyecto multidisciplinario realizado bajo los auspicios de los Museos del Banco Central del Ecuador entre 1983 y 1992, bajo la dirección de Francisco Valdez (1983-1990) y Juan García (1983-1987).
- 2 Antropólogo especialista de la cultura afroecuatoriana; nativo del norte de la provincia de Esmeraldas, García es sin duda uno de los investigadores que más conoce la etnografía y la arqueología de su provincia.
- 3 Misión Arqueológica Francesa en La Tolita (1984-1988): encabezada por el Dr. Jean François Bouchard, CNRS; Dr. Jean Pierre Thiay, Université de Pau et des Pays d'Adour. IRSAM; y Drs. Claude Caratini y Colette Tissot, Institut Français B.P. 33 Pondicherry 605001, India.
- 4 Si bien no se han conservado restos de textiles, las improntas de estos aparecen en ciertos fragmentos cerámicos.
- 5 Elementos mayores: Au 75,1%, Ag 8,93%, Cu 15,7% Pt 0,19% Elementos menores en valor parte por millón (ppm): Fe 160; Zn 103; As 0,36; Ru 0,84; Rh 18; Pd 30; Sn 2,04; Sb 0,15 y 0,09; Re 0,03; Os 19; Ir 23; Hg 15; Pb 1,01 y Bi 0,70. Análisis de trazas efectuado por el Dr. Bernard Gratuze del Centre Ernest Babelon IRAMAT, UMR CNRS 5060. Orleans.

Referencias

- Adoum, Rosangela y F. Valdez
1989 *Nuestro pasado: La Tolita*. Serie Nuestro Pasado, guía didáctica 3. Museo Banco Central, Quito.
- Alcina Franch, José
1979 *La Arqueología de Esmeraldas (Ecuador)*. Memorias de la Misión Arqueológica Española en el Ecuador. Tomo 1. Ministerio de Relaciones Exteriores, Madrid.
- Arauz, Julio
1946 *Una visita a la Tolita*. Ed. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito.

- Blitz, John
1993 Big Pots for Big Shots: Feasting and Storage in a Mississippian Community. *American Antiquity* 58 (1): 80-96.
- Boserup, Ester
1965 *The Conditions of Agricultural Growth: The Economics of Population Pressure*. Adeline, Chicago.
- Bouchard, Jean François
1984 *Recherches archéologiques dans la région de Tumaco (Colombie)*, Institut Français d'Etudes Andines. A.D.P.F. Paris.
- Bouchard, Jean Françoise y P. Usselman
2003 *Trois millénaires de Civilisation entre colombe et Equateur, la region Tumaco La Tolita*. CNRS Editions, Paris.
- Butterwick, Kristi
1998 Food for the Dead. The West Mexican Art of Feasting. In *Ancient West México. Art and Archaeology of the Unknown Past*. R. Townsend ed. The Art Institute of Chicago, pp. 89-105.
- Butzer, Karl
1996 Irrigation, raised fields and state management: Wittfogel redux?, *Antiquity* 70: 200-204.
- Caratini, Claude y C. Tissot
1988 *Etude Palynologique. Reconstitution de l'environnement du site de La Tolita*. Institut Français de Pondichery, Inde, Pondicherry, Manuscrito en archivo proyectos IRD, Quito.
- Conrad, Geoffrey y A. Demrest
1984 *Religion and Empire: The Dynamics of Aztec and Inca Expansionism*, Cambridge University Press, Cambridge.
- DeBoer, Warren
1996 *Traces Behind the Esmeraldas Shore. Prehistory of the Santiago-Cayapas Region, Ecuador*, The University of Alabama Press, Tuscaloosa.
- Denevan, William
1970 Aboriginal Drained-Field Cultivation in the Americas, *Science* 169: 647-654.
- Denevan, William y B. Turner, II
1974 Forms, functions and associations of raised field agricultura in the Old World Tropics, *Journal of Tropical Geography* 39: 24-33.
- Denevan, William, K. Mathewson y G. Knap, eds.
1987 *Pre-Hispanic Agricultural Fields in the Andean Region*. British Archaeological Reports (B.A.R.) International Series, No. 359, Parts I y II, Oxford.
- Dumont, Jean François, E. Santana, F. Valdez, D. Ituralde y E. Navarette (en prensa)
s/f Geomorphologic evidences of tectonic controlled surface deformation involving drainage and coastal changes occurred by 2800-3200 BP landward the Esmeraldas-Tumaco seismic zone (San Lorenzo region, Northern Ecuador). *Geomorphology* (2005/2006).
- Earle, Timothy
1977 A Reappraisal of Redistribution: Complex Hawaiian Chiefdoms. In Earle, T. y J. Ericson (eds.): *Exchange Systems in Prehistory*, pp. 213-229. New York, Academic Press.
- Echeverría, José
1980 Prospección Arqueológica en Tazones (Esmeraldas-Ecuador) *Sarance* 6 (8):11-72, Otavalo
- Erickson, Clark
1988 *An Archeological Investigation of Raised Field Agriculture in the Lake Titicaca Basin of Peru*, Disertación Doctoral, University of Illinois, Urbana-Champaign. (1993), The Social Organization of the Prehispanic Raised Field Agriculture in the Lake Titicaca Basin. In *Research in Economic Anthropology. Economic Aspects of Water Management in the Prehispanic New World*. V. Scarborough y B. Isaac eds. JAI Press Inc, pp.369-426.
- Feinman, Gary
1995 The Emergence of Inequality: A focus on Strategies and Proceses. In *Foundations of Social Inequality*, Douglas Price, y Gary M. Fineman, (eds): pp. 255-280. New York, Plenum Press.

- Fredon, Edwin y J. Corbett
 1941 Depósitos arqueológicos de la Tolita. *Boletín de la Academia Nacional de Historia*. Vol. 21 N° 57, Quito.
- Gelles, Paul
 1990 *Channels of Power, Fields of Contention: The Politics and Ideology of Irrigation in an Andean Peasant Community*, Disertación Doctoral, Harvard University, Harvard.
- Hayden, Brian
 1995 Pathways to Power: Principles for Creating Socioeconomic Inequalities. In *Foundations of Social Inequality*, Douglas Price y Gary Feinman (eds): pp. 15-85, New York, Plenum Press.
 1996 Feasting in Prehistoric and Traditional Societies, In Wiessner, Polly and Wulf Schiefelhövel (eds.): *Food and the Status Quest: an interdisciplinary perspective*, pp. 87-125 Providence, RI, Berghen Books.
- Helms, Mary W.
 1979 *Ancient Panama: Chiefs in Search of Power*, University of Texas Press, Austin.
 1981 Precious Metals and Politics: Style and Ideology in the Intermediate Area and Peru, *Journal of Latin American Lore* 7(2): 215-238.
 1992 Political Lords and Political Ideology in Southeastern Chiefdoms: Comments and Observations, In *Lords of the Southeast* (A. W. Barker and T. R. Pauketat, eds.): 191-192. Archaeological Papers of the American Anthropological Association 3. Washington, D.C.
 1993 *Craft and the Kingly Ideal: Art, Trade, and Power*. University of Texas Press, Austin.
- Hunt, Robert
 1988 Size and the Structure of Authority in Canal Irrigation Systems, *Journal of Anthropological Research* 44(4): 335-356.
- Montaño, María Clara
 1991 *El manejo de los recursos naturales en La Tolita en su etapa Clásica*, Manuscrito en archivo del proyecto.
- Kelly, William
 1975 Concepts in the Anthropological Study of Irrigation. *American Anthropologist* 85: 880-886.
- Kolata, Alan
 1987 Tiwanaku and its Hinterland, *Archaeology*, 40 (1): 36-41.
 1991 The Technology and Organisation of Agricultural production in the Tiwanaku State, *Latin American Antiquity* 2:99-125.
- Kus, James
 1980 La agricultura estatal en la costa norte del Perú, *América Indígena* 40:713-729.
- Lopez y Sebastián, Lorenzo y Ch. Caillavet
 1979 La Fase Tachina en el contexto cultural del horizonte Chorrera. *Actes du XLII Congrès International des Américanistes*, vol. IX-A: 199-205, Paris.
- Mitchell, William
 1973 The Hydraulic Hypothesis: A Reappraisal, *Current Anthropology*: 14:532-534.
 1976 Irrigation and Community in the Central Peruvian Highlands, *American Anthropologist* 78: 25-44.
 1977 Irrigation Farming in the Andes: Evolutionary Implications, In *Peasant Livelihood: Studies in Economic Anthropology and Cultural Ecology*. R. Halperin y J. Dow eds. St. Martin's Press, New York, pp. 36-59.
- Moore, Jerry
 1988 Prehistoric Raised Field Agriculture in the Casma Valley, Peru, *Journal of Field Archaeology* 15: 265-276.
- Patiño, Diogenes
 1988 *Asentamientos Prehispánicos en la Costa Pacífica Caucana*, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá.
 1993 Arqueología del Bajo Patía, fases y correlaciones de la Costa Pacífica de Colombia y Ecuador, *Latin American Antiquity* 4: 180-199.
- Plazas, Clemencia, y A.M. Falchetti
 1981 *Asentamientos prehispánicos en el bajo río San Jorge*, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá.

- Sahlins, Marshall
1968 *Tribesmen*, Englewoods Cliffs, N.J. Prentice Hall.
- Santana, Ensy y J.F Dumont
2002 *The San Lorenzo Fault, a new active fault in relation to the Esmeraldas-Tumaco seismic zone*, 5th International Symposium on Andean Geodynamics pp. 577-580. IRD, Toulouse.
- Sherbondy, Jeanette
1987 Organización hidráulica y poder en el Cuzco de los Incas, *Revista Española de Antropología Americana* 17:117-153.
- Stohtert, Karen
2003 Expression of ideology in the Formative Period of Ecuador, in *Archaeology of Formative Ecuador*. J. Quilter, J.S. Raymond y R. Burger eds. pp. 337-421.
- Stirling, Matthew
1963 A new culture in Ecuador. *Archaeology*, 16,3:170-175.
- Tihay, Jean Pierre
1988 *Aspects géomorphologiques de l'environnement du site archéologique de La Tolita (Equateur)*, Université de Pau et des Pays de l'Adour, Pau. Manuscrito en archivo proyectos IRD. Quito.
- Tihay, Jean Pierre y P. Usselman
1995 Medio ambiente y ocupación humana en el litoral Pacífico Colombo-ecuatoriano, In: *Cultura y Medio Ambiente en el Area Andina Septentrional*. J.F. Bouchard, J. Marco y M. Guinea (editores), pp. 377-399, Abya-Yala, Quito,
1998 Ambientes húmedos de la costa pacífica ecuatorial (Colombia y Ecuador) y uso antrópico; geodinámica y aportes de los sensores remotos, In: *El Area Septentrional Andina*, J. Marcos, J.F. Bouchard y M. Guinea (eds.), pp. 67-80, Abya-Yala, Quito.
- Tolstoy, Paul y W. DeBoer
1989 An Archaeological Sequence for the Santiago-Cayapas Basin, Esmeraldas, Ecuador, *Journal of Field Archaeology* 16: 295-308.
- Ubelaker, Douglas
1997 Skeletal Biology of Human Remains from La Tolita, Esmeraldas, Ecuador. *Smithsonian Contributions to Anthropology*. #41. Smithsonian Institution Press, Washington D.C.
- Uhle, Max
1927 "Las antiguas civilizaciones esmeraldeñas" y "Estudios esmeraldeños" in: *Anales de la Universidad Central*, vol. 38 y 39 N° 262. Quito.
- Valdez, Francisco
1986 Investigaciones Arqueológicas en La Tolita (Esmeraldas, Ecuador). *Miscelánea Antropológica Ecuatoriana* 6: 81-107.
1987 *Proyecto Arqueológico La Tolita*. Museos del Banco Central del Ecuador, Ed. Luz de America, Quito.
1989 La Sociedad Tolita. In *Nuestro pasado: La Tolita*. Adoum, R. y F. Valdez (eds.), pp. 5-14, Museo Banco Central, Quito.
1992 Symbols, Ideology, and the Expression of Power in La Tolita, Ecuador. In *The Ancient Americas. Art from Sacred Landscapes*. Richard Townsend ed. pp.229-243. The Art Institute of Chicago, Chicago.
1997 La Etapa La Tolita Temprano. El Inicio de la Tradición Sociocultural Tolita-Tumaco. In *Memorias del I Simposio Panamericano de Historia*. Vol. II, pp.175-186, Instituto Panamericano de Geografía e Historia. México.
- Wolf, Teodoro
1975(1892) *Geografía y Geología del Ecuador*, Ed. Casa de la Cultura Ecuatoriana. Quito.
- Zucchi, Alberta y W. Denevan
1979 "Campos elevados e historia cultural prehispánica en los Llanos Occidentales de Venezuela," *Montalbán* 9: 565-736.